

42

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

La Novela Semanal Cinematográfica



LA
HERMANA
BLANCA



por
LILLIAN GISH

UNA PESETA

BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

en

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Gran Via Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono 4423 A

LA HERMANA BLANCA

Sentimental drama de pasión y amor sublime, creación insuperable de la bella y célebre actriz **LILLIAN GISH**, secundada por grandes artistas, tales como **Ronald Colman** (americano), **Gustavo Serena** (italiano), (este último por carlesia) etc.

Superproducción extraordinaria
"METRO-CAPITOLIO"

SELECCIONES "CAPITOLIO"
S. HUGUET. - Provenza, 292
BARCELONA



PROHIBIDA LA
REPRODUCCIÓN

REVISADO POR LA
CENSURA MILITAR

LA HERMANA BLANCA

Argumento de la película de dicho título

Prólogo

En Italia, patria del arte y la ciencia, tierra pisada por dioses paganos, artifices y guerreros supremos, empieza la acción de este drama.

A través de la lente luminosa de una atmósfera diáfana, aparece Nápoles, tendida a orillas del mar. Es la ciudad del valle sonriente, en cuyo cielo, claro y lleno de sol, se yergue siempre el trágico penacho del Vesubio, el volcán de entrañas que ocultan las malas pasiones de la tierra, las fuerzas capaces de producir espantosas catástrofes.

Como un dios cruel, se alza la montaña con sus cráteres empenachados de humo denso, lauces terribles por las que a veces se vierte el fuego asolador que arrasa la alegre campiña, destruye los poblados y lleva la muerte en sus ríos de lava.

Nápoles, la bella y antigua capital del mar Tirreno, oye con frecuencia la amenazadora voz del volcán, pero desafía el peligro.

En los alrededores de la ciudad vive el príncipe de Chiaramonte, noble de austeras costumbres, espejo de caballeros y ejemplo vivo de los que en otros tiempos fueron paladines de la causa de los Papas.

Mármoles, jaspes, bellas estatuas, todo se reúne en su palacio, en cuyo interior apacible se esconden la intriga y la maldad, como en el seno de la siniestra montaña.

Comendador de la orden de Malta, religioso como buen amigo de los pontífices romanos, el príncipe había prohibido a sus hijas que le interrumpieran en sus oraciones.

Las hijas del Príncipe eran dos: Marta, fruto de su primer matrimonio, que había heredado de su madre, la marquesa de Mola, todos los instintos perversos, refinados y ambiciosos de los nobles de Florencia, y Angela, hija del segundo matrimonio, que reflejaba en sus ojos la bondad de la humilde mujer sin ventura que murió al darle el ser.

Aquella mañana, a pesar de la prohibición paterna, Marta entró en el oratorio donde se hallaba el señor de Chiaramonte. Aguardó a que el Príncipe, después de persignarse, se alzara del cojín de raso en el que estaba arrodillado, y sin esperar a que le preguntaran, justificó su presencia:

—Yengo a deciros que ha llegado el conde del Fence.

—Te agradezco el aviso, querida hija.

El conde del Fence y su primogénito



.. Angela, hija del segundo matrimonio, que reflejaba en sus ojos la bondad de la humilde mujer sin ventura que murió al darle el ser.

habían sido citados por Chiaramonte para pactar una alianza de familia que debía unir, mediante un matrimonio, dos de las casas más ilustres de Italia.

El Príncipe los saludó con afabilidad.

—¿Quieren ustedes que pasemos a mi despacho?

—Usted manda y nosotros obedeceremos—respondió halagador el Conde.

En cuanto su padre se reunió a los recién llegados, Marta pidió comunicación telefónica con el Observatorio del Vesubio, establecido cerca del cráter, verdadero laboratorio de ciencia, donde hombres esforzados exponían su vida estudiando los misteriosos fenómenos del volcán, y en el que en aquel momento se encontraba Juan Severi, capitán del ejército italiano y hermano del Director del Observatorio.

—Le llaman por teléfono—previno a Juan su ordenanza.

Severi acudió al aparato y oyó la voz de Marta:

—Me fastidio espantosamente... Es preciso que usted venga a rescatarme de la tristeza familiar.

La hija mayor de Chiaramonte se aburría en el palacio de su padre y deseaba que el capitán la distrajera.

—Tengo comprometida la tarde—respondió Severi.

El diálogo se cruzó en los alambres, lle-

vando a los auriculares el sonido de las palabras.

—¿No niega usted al decirme que tiene comprometida la tarde?—preguntó Marta.

Se lo aseguro.

—¿Y con quién la ha comprometido, si se puede saber?

—Me espera el pintor Osvaldi. Ha de ver sus cuadros.

Marta se mordió los labios. Dudaba de la sinceridad de estas manifestaciones.

—¿Y por un pintor deja a una mujer?... ¡Es usted un modelo de caballeros galantes!

Sin querer oír las disculpas de Severi, herido en su vanidad por la decepcionante respuesta que él había dado a sus preguntas, colgó el teléfono con un gesto de amargura y despecho.

El capitán pareció complacido de haberse librado de que la hija del Príncipe le robara sus horas.

Veamos lo que cuenta Hugo—dijo, golpeándose ligeramente una pierna con el látigo de montar.

Hugo Severi cifraba en el Observatorio, del que era director, el orgullo y la gloria de su vida.

Encumbrado a tan elevado cargo por su perseverante esfuerzo, dedicaba sus días a la tarea penosa de estudiar los cambios y alteraciones del volcán, buscando la manera de prever sus erupciones, a fin de evitar que

sorprendieran a los pueblecitos asentados en las faldas de la montaña.

Juan encontró trabajando a su hermano.

—¿Qué, has resuelto ya el modo de que el Vesubio no dé disgustos?—le preguntó burlonamente.



La hija menor del Príncipe era una criatura deliciosa.

Hugo tuvo un ademán confiado, de hombre seguro de sí mismo.

—Ríete si quieres—dijo, pero día llegará en que podré dominar las fuerzas ocultas de esta montaña para bien de nuestra patria.

—No lo dudo. Y créeme, nadie se alegraría tanto como yo de que triunfaras en tu generosa empresa.

El pensamiento del capitán, aunque seguía el curso de las ideas de su hermano, hallábase lejos de allí: orientábase hacia el palacio de Chiaramonte, donde Angela se arreglaba entonces, disponiéndose a salir.

La hija menor del Príncipe era una criatura deliciosa. Sus diez y ocho años se habían espigado, creando una belleza de un tipo rubio, fino y delicado. Alta y esbelta, Angela unía a la delicada elegancia de su figura un rostro correcto, de una palidez entonada; y en sus ojos azules parecían remansarse unas ilusiones que debían tener todo el encanto de su alma bondadosa.

Después de arreglarse llamó a su señorita de compañía, buena mujer llena de adhesión a la familia de Chiaramonte y que sentía por Angela una ternura maternal.

—¿Es que vamos a salir?—preguntó un poco sorprendida.

—Sí, quiero que vayamos al estudio del pintor Osvaldi.

—¿No dirá nada el Príncipe?

No, papá no dirá nada... Tengo su permiso.

A la puerta de palacio las esperaba el coche. Subieron en él la joven y su señorita de compañía y la primera dió al cochero la dirección del estudio del pintor.

sorprendieran a los pueblecitos asentados en las faldas de la montaña.

Juan encontró trabajando a su hermano.

—¿Qué, has resuelto ya el modo de que el Vesubio no dé disgustos?—le preguntó burlanamente.



La hija menor del Príncipe era una criatura deliciosa.

Hugo tuvo un ademán confiado, de hombre seguro de sí mismo.

—Mete si quieres—dijo,—pero día llegará en que podré dominar las fuerzas ocultas de esta montaña para bien de nuestra patria.

—No lo dudo. Y créeme, nadie se alegraría tanto como yo de que triunfaras en tu generosa empresa.

El pensamiento del capitán, aunque seguía el curso de las ideas de su hermano, hallábase lejos de allí: orientábase hacia el palacio de Chiaramonte, donde Angela se arreglaba entonces, disponiéndose a salir.

La hija menor del Príncipe era una criatura deliciosa. Sus diez y ocho años se habían espigado, creando una belleza de un tipo rubio, fino y delicado. Alta y esbelta, Angela unía a la delicada elegancia de su figura un rostro correcto, de una palidez etérea; y en sus ojos azules parecían remansarse unas ilusiones que debían tener todo el encanto de su alma bondadosa.

Después de arreglarse llamó a su señorita de compañía, buena mujer llena de adhesión a la familia de Chiaramonte y que sentía por Angela una ternura maternal.

—¿Es que vamos a salir?—preguntó un poco sorprendida.

—Sí, quiero que vayamos al estudio del pintor Osvaldi.

—¿No dirá nada el Príncipe?

—No, papá no dirá nada... Tengo su permiso.

A la puerta de palacio las esperaba el coche. Subieron en él la joven y su señorita de compañía y la primera dió al cochero la dirección del estudio del pintor.

¿Cómo podía imaginarse Angela que, mientras ella se dirigía al estudio del artista, su padre trataba de su boda con el conde del Fence y su heredero?

La pequeña rubia desconocía los proyectos del Príncipe. Abroquelado en su autoridad paternal, Chiaramonte no solía consultar con sus hijas ni aun aquellos asuntos que más directamente les afectaban.

Ceremonioso, cliquetero, de voluntad inquebrantable, fiel continuador de las tradiciones de su casa, había convocado al Conde para decidir de la suerte de Angela.

Reunidos en el despacho del Príncipe, después de convencer en todos sus detalles cómo y cuándo debían celebrarse los esponsales, Chiaramonte llamó a Marta.

—Procura que tu hermana no se acerque a escuchar—le dijo.

—Angela ha salido.

—Mejor... Estamos tratando de su boda.

—Marta lo sabía, y preguntó en voz baja a su padre;

—¿Cuál es la actitud del Conde?

—La del hombre que necesita una fortuna para decorar los cuarteles de su título. Descuida: se halla de acuerdo conmigo en todo.

No obstante el carácter reservado de Chiaramonte, su hija mayor había intervenido, desde un principio, en el proyecto matrimonial de su hermana. Fué ella la que

insinuó a su padre la conveniencia de este enlace, que le dejaría las manos libres dentro de palacio. Había además otra razón, acaso de mayor importancia. Marta amaba en secreto al capitán Severi, deseaba casarse con él y sabía que su hermanita, inconscientemente, se había interpuesto en su camino. Angela era, pues, su rival. De aquí la conveniencia de casarla con el primogénito del conde del Fence.

La sangre de su madre, la marquesa de Mola, había decantado en sus venas los malos instintos de la primera esposa del Príncipe. Como la autora de sus días, ella era intrigante y sus intrigas encaminábanse ahora a poner entre el capitán y su hermana el obstáculo infranqueable de un matrimonio.

Capaz de todo por alcanzar el fin que se proponía, nada la arredraba; su vileza era tan grande como su ambición. Cuidando que no se traslucieran sus planes, ocultaba sus intrigas tras la máscara de la hipocresía.

Angela, sin embargo, había burlado hasta entonces con su ingenuidad la vigilancia de su hermana, y así Marta se hallaba muy lejos de suponer que, a la misma hora en que Chiaramonte resolvía el porvenir sentimental de su hija menor, ésta guiaba sus pasos hacia el sitio donde la esperaba el hombre amado por la intrigante.

El lugar de la cita era el taller del pintor

Oswaldi, espíritu refinado, continuador de la escuela de los artistas del Renacimiento.

El capitán Severi ya se encontraba allí cuando llegaron Angela y su señorita de compañía, pues aunque él había dicho a Marta que tenía comprometida la tarde para ver un cuadro, lo que deseaba, realmente, era ver a una mujer.

Procediendo discretamente, la señorita de compañía dejó que los jóvenes se aislaran en un rincón del taller para decirse las promesas eternas, las palabras siempre iguales y que hacen latir siempre, a pesar de su aparente monotonía, los corazones de los amantes.

En lo alto de las escaleras que conducían a las habitaciones particulares del pintor, apareció Oswaldi. Se detuvo de pronto al ver juntos a Angela y Severi y su rostro se contrajo dolorosamente. Él amaba también a la hija menor de Chiaramonte; la amaba sin habérselo propuesto, atraído por el encanto suave que se desprendía de aquella niña tan fina y tan rubia.

Hasta él llegó el susurro de las voces del capitán y de la joven.

—Temí que no hubiera usted venido—dijo Severi.

—¿Y por qué ese temor?—preguntó Angela.

—Porque siempre teme el que ama y espera.

Un agudo dolor mordió el pecho de Oswaldi. Pero no fueron celos los que sintió al oír la revelación de aquellos amores que ignoraba. De pensamiento justo y limpio de alma, sólo sintió una honda pena que se



—Temí que no hubiera usted venido.

dijista por todo su ser, enervándole... Hizo un esfuerzo para dominarse y empujó suavemente la puerta de sus habitaciones, volviendo a salir por donde había entrado. Luego, procurando hacer ruido, reapareció de nuevo y bajo las escaleras con absoluto dominio de sí mismo.

—La señorita de Chiaramonte y yo hemos coincidido aquí para ver su último cuadro —dijo Severi, después de los primeros saludos.

—Estoy deseando conocer mi retrato —añadió Angela.



—La mirada del cuadro subyuga, impone silencio, invita a la meditación...

Osvaldi se acercó a un caballete y levantó la tela que cubría su último cuadro, el retrato de la señorita de Chiaramonte.

—He aquí mi obra maestra. He pintado abriendo los ojos del alma.

Ante aquel lienzo en el que Angela, por

un raro capricho del artista, mostrábase envuelta en las albas tocas de las siervas del Señor, se produjo un profundo silencio.

—He retratado el espíritu... no la mujer vestida a la moda —explicó Osvaldi.

Nadie le contestó. Los ojos seguían fijos en el lienzo, en el que se destacaba la belleza de Angela espiritualizada por el arte, como si toda ella no fuera más que alma.

—La mirada del cuadro —añadió el pintor —subyuga, impone silencio, invita a la meditación...

Temblaban sus palabras. El sabio, mejor que nadie, cómo sus pinceles habían elegido en la paleta los colores y cómo éstos se encendieron con la luz de la inspiración queriendo dar vida a aquel cuadro en que una doncella parecía haberse despojado de su envoltura carnal para vibrar cual un rayo de sol a través de las tenues y claras vestiduras.

—Esta no es la señorita de Chiaramonte... parece una santa —murmuró Severi.

—Es una santa de ahora —interrumpió Angela, —una de las monjas del hospital de Santa Juana de Aza... una hermana blanca.

—Ese es el título de mi cuadro —confirmó Osvaldi. —Su sensibilidad ha sabido encontrarlo... ¿Es la hermana blanca?

El pintor y sus visitantes volvieron a guardar silencio. Y en oposición con el valor moral que ellos sentían tenía aquel instante,

en los salones del palacio del Príncipe ventilábanse intereses materiales.

El conde del Fene y su amigo acababan



También Osvaldi despidió en aquel momento a Angela.

de disponer del porvenir de Angela. Chiaramente haría testamento dividiendo su enorme fortuna en dos partes.

—Este matrimonio unirá a dos familias

de la más rancia nobleza italiana, las nuestras—dijo el Conde.

—Y dividirá la más grande fortuna de Italia, la mía—concluyó el Príncipe.

Chiaramente despidió al Conde y a su futuro yerno. También Osvaldi despedía en aquel momento a Angela y a Severi.

Cuando los jóvenes salieron, el artista tomó su paleta, y el amor sin esperanzas que le llenaba el alma puso alas en sus manos para idealizar su cuadro, el bello cuadro de *La hermana blanca*.

El modelo era una mujer demasiado divina para ser amada carnalmente por los hombres.

La caza, las excursiones, acompañado de nobles, lacayos y perros, era la diversión predilecta del místico señor de Chiaramonte.

Con frecuencia, en los magníficos cotos que el Príncipe poseía en los alrededores de Nápoles organizábase cacerías a las que asistían no sólo los aristócratas napolitanos, sino también los de otros puntos de Italia, pues la espléndida hospitalidad que el Príncipe otorgaba a sus amigos hacía que éstos recibieran con el mayor agrado sus invitaciones.

Cierta día sabieron el señor de Chiaramonte y sus invitados, precedidos de los monteros que conducían los perros en traillas, dirigiéndose a un frondoso lugar situado en la montaña del Vesubio, rico en caza.

Marta formaba parte de la cabalgata, pero no así su hermana, pero aficionada a las aparatosas monterías.

Angela habíase quedado en los jardines del palacio, bajo la benévola vigilancia de su señorita de compañía.

Una hora después de la partida de los cazadores, la niña rubia, cerca de su servi-

dora y amigo, que entretenía la ociosidad del momento haciendo una labor de costura, alzó la cabeza y miró en dirección al muro, detrás del cual acaso estuviera esperando alguien.



... la niña rubia hallaba lentamente, excitada por las cadencias de la música ...

Precisamente, al otro lado de la alta cerca que circundaba el jardín acababa de detenerse un grupo de gentes de la gallofa, bohemios trashumantes, gitanos o cosa parecida. Rodeábanlos algunos curiosos y no dejaba de llamar la atención la presencia

en aquel sitio y entre aquellos desaharrapados de un capitán flaute en un soberbio caballo.

Uno de los individuos del grupo, sin duda desajado de alguna tribu húngara, comenzó a tocar un acordeón; hizo otro sonar una pandero, arrancó un tercero blandas melodías a una mandolina y por encima de este terceto alzóse una voz infantil, fuerte aunque insegura, que cantó una de esas coplas que sólo se oyen en los países meridionales, coplas de sol, ardientes, acariciadoras y voluptuosas.

Angela sintió un vago deseo de danzar siguiendo los compases de la orquesta callejera. Instintivamente se levantó, y su cuerpo gracioso y ágil, ligero y flexible, giró en las puntas de los pies, que corrieron alados en torno del banco en que se hallaba sentada la señorita de compañía.

Invasión de languidez, penetrada de la armonía que el aire parecía tamizar depurándola, la niña rubia bailaba lentamente, excitada por las cadencias de la música... Poco a poco fué alejándose, atraída por los cantos populares. De pronto echó a correr y encaramóse a lo alto del muro.

Los músicos ambulantes dejaron de tocar.

—¿Puedo asaltar el paraíso?—preguntó a la joven el capitán Severi.

—Los caballeros sólo entran en los jar-

dines por las puertas—repuso Angela sonriendo.

—Pero los militares se ven muchas veces en la precisión de escalar las fortalezas.

Poniéndose de pie en el caballo, el capitán



... y encaramóse a lo alto del muro.

saltó al muro y estrechó las manos de su encantadora amiguita.

Angela protestó:

—Es una locura!

—¡Bah!... Y aunque le fuera... Lo que yo deseo es que no sea la última.

Pecados por amor no son pecados. Esto pensaba de una manera instintiva la hija menor de Ghiraramonte. Y este pensamiento la tranquilizó.

Un rapaz destacóse del grupo y, dando señal a los músicos para que alacaran una copla, cantó, dirigiéndose a Angela:

Napolitana morena
que tienes ojos de fuego
y decires de hechicera...

Fra la voz del niño bien timbrada y los amantes se detuvieron para seguir escuchando:

Napolitana gitana,
tu perfume es de claveles
que embalsaman tu ventana...

La mandolina rompió el ritmo de la copla y su tocador empezó a puntear las cuerdas rápidamente, mientras el acordeón y la pandera apagaban sus notas para dejar que sobre el fondo de su melodía grave se destacase mejor la voz del chiquillo:

Por ti yo me moriré;
dame un beso, una moneda
y yo te bendeciré.

Angela y Severi arrojaron unas cuantas liras al infantil trovador y a sus compañeros y, cogidos de la mano, descendieron del muro por unas escaleras y se entraron por

el jardín, escenario propicio a los más ensañadores romanticismos.

Se detuvieron cerca de un estanque, y juntos se sentaron al pie de un álamo centenario. Severi preguntó:

—¿Le parece a usted mal que haya venido?

Angela oprimió entre las suyas las manos de Severi.

—No... no me parece mal... aunque debiera parecérmelo.

—¡Qué buena es usted!

Se callaron, porque todos los que se quieren mucho hablan poco. Prefieren sentirse cerca en medio del silencio.

A todo esto, la señorita de compañía al darse cuenta de que un intruso había entrado en el jardín, vacilaba sin saber qué hacer, hasta que, tomando una determinación, optó por volverse de espaldas.

Confundiendo los alientos, ellos mezclaban sus palabras.

—Le he pedido a Osvaldi que me vendiera el retrato y no ha querido—dijo él.

—Ha hecho bien... porque antes es necesario contar con mi permiso.

—¿Es que usted no me lo daría?

—Tendría que pensarlo.

Severi miróse en los ojos de Angela.

—De todos modos añadió,—Osvaldi no lo vendería. Dice que es su obra maestra y asegura que las obras maestras no deben

venderse... ¡Es una lástima que los artistas piensen de esa manera!

—¿Lamenta no poder adquirir el cuadro?

—Por supuesto...

El capitán se interrumpió rápidamente y agregó:

—No es el cuadro lo que me interesa, sino el original que sirvió de modelo... Este es el que quisiera que fuese mío.

Ella tuvo el ligero temor de un entusiasmo demasiado brusco y procuró cambiar la conversación:

—¿No sabe que papá ha salido de caza?

—No, lo ignoraba.

—¿Qué lejano estará él de suponer que usted se encuentra a mi lado!

Creyendo que en la exclamación de Angela había un reproche, Severi afirmó apasionadamente:

—Mañana mismo hablaré al Príncipe... Yo no puedo ocultar más tiempo estos amores.

—Es lo que debe ser—repuso ella.—Hace ya días que estoy esperando a que hablara así...

¿Por qué no me lo dijo?

—No podía... Tenía que ocurrírsele a usted espontáneamente, como se le ocurrió ahora, por ejemplo.

De finaba la tarde. Tras de las crestas lejanas, el sol, antes de ocultarse, arrojaba sobre el valle un haz de rayos cárdenos y

difundía en el cielo la púrpura de sus destellos.

El señor de Chiaramonte y sus invitados, después de disfrutar de los placeres de la caza hasta la puesta del sol, convinieron en que era hora de retirarse.



—¿Qué lejano estará él de suponer que usted se encuentra a mi lado!

Las trompas de los monteros sonaron lúgubramente llamando a los cazadores, y al galope de sus caballos los jinetes deshicieron el camino hecho durante la jornada.

Excitados por los gritos, las bestias, como

si quisieran emularse, devoraban la llanura.

El Príncipe montaba una yegua baya, poderosa de ancas y de sangre viva. Buen jinete, Chisramonte, un poco retrasado, pretendió alcanzar a sus amigos. De pronto... no se supo cómo fué. Se oyó un grito, y el padre de Angela, perdiendo el equilibrio, salió despedido de la montura, yendo a chocar su cabeza contra una piedra.

Algunos monteros y dos invitados, al advertir el accidente, corrieron en ayuda del anciano señor. Cuando lo alzaron en brazos, apenas si respiraba.

Y era aquel instante el que Severi había elegido para inclinarse sobre el rostro pálido de la niña rubia y desflorarle con sus labios repitiendo:

—Mañana hablaré con el Príncipe.

Lejos de la tragedia, la estrella de los enamorados lucía sus últimos fulgores.

Sin embargo, sus destinos acababan de decidirse en aquel momento.

El regreso de los cazadores en nada se pareció a su salida. Las voces, gritos, órdenes, restallar de látigos, piafar de los brutos y escandalosos ladridos de los perros de entonces eran substituidos ahora por un silencio de muerte. A la consternación de los que llegaban trayendo el cadáver del Príncipe uniéronse los lamentos de los servidores del palacio.

Se condujo al muerto a una habitación,

que se convirtió en cámara mortuoria después que de ella salió el médico y dijo a Marta:

—¡Todo ha concluído!

Un murmullo de plegarias sobresaltó ligeramente el silencio del palacio.

Nadie se fijaba en nadie. Cada uno pensaba en su propio dolor o en su secreta ambición.

Entre el conde del Fence y su primogénito, Marta permanecía impassible como la mujer fuerte de la antigua tragedia. Su sensibilidad apenas si sufrió la sacudida de la desgracia. Era posible que amase a su padre y que sintiera su muerte, aun cuando no lo demostraba.

Un poco pálida, con las mandíbulas apretadas, bajos los ojos de mirada tenebrosa, su actitud delataba su carácter y esclarecía sus pensamientos.

El inesperado fin del señor de Chisramonte venía a hacer posibles una porción de deseos ocultos hasta entonces, y ella temblaba con la emoción del triunfo.

En la puerta del challo apareció Angela. Traía el sombrero en la mano y sonreía como una niña dichosa que acabara de divertirse con el juego de la vida.

Ya iba a entrar, cuando observó todo lo que de extraño tenía la presencia del conde del Fence y de su primogénito cerca de su hermana.

Paseó una mirada indagadora, como tratando de adivinar. La mueca alegre de sus labios convirtiéndose en un rictus de asombro y de temor. Sintió en su espalda la helada caricia del miedo. Y sus pupilas—dos estrellas azules a las que daban sombra los párpados—se dilataron, oscureciéndose.

—¡Martá!—llamó con angustia.

Marta alzó la cabeza y volvió a bajarla con un gesto de pesadumbre.

Angela se asustó de sí misma, aterrada por el pensamiento que acababa de asaltarla. Vió como oscilaba un tapiz, y una voz conocida que temblaba recitando la oración de los muertos desgarró súbitamente el velo de sus inquietudes, poniéndola ante la pavorosa realidad.

Llevóse las manos al rostro, deshecho por el espanto; un largo gemido salió de su garganta rompiendo el nudo de amargura que la obstruía y la pobre niña corrió desalada hacia la habitación mortuoria.

Los brazos de monseñor Saracinesca, sacerdote y consejero del Príncipe, que siempre había sido testigo de los duelos y fiestas de la noble familia, acogieron a la muchacha.

—¡Llora, hija mía, llora! Vierte todas tus lágrimas y purifica en ellas tu dolor.

Angela abrazóse al muerto, estremecida por los sollozos, y sus gritos llevaron el trémolo de su terrible pena por palacio.

De cuando en cuando, los sollozos se

entrecortaban y oíase como un clamor, como un lamento, la triste vocerita que llamaba al que ya no podía responderle:

—¡Papá!... ¡Papá!

Para el que sufre, las lágrimas son un consuelo y Angela humedeció con ellas el rostro frío del señor de Chiaramonte.

En cambio los ojos de Marta seguían secos. Ella no sabía llorar porque su alma era como un desierto calcinado por la furia roja de la ambición.

Y sólo hubo un dolor profundo, ruidoso, taladrante: aquel que anegó los ojos de la soñadora niña.

Monseñor Saracinesca se aproximó a Angela.

—Reza—le dijo.

Sus manos piadosas apartaron a la muchacha, deshaciendo el abrazo que la unía al querido muerto.

En la inconsciencia de su pena inmensa, Angela dejó obrar al sacerdote y se puso de rodillas.

La habitación estaba en sombras. Apenas si la amarillenta claridad de unos blandones disipaba las tinieblas de la estancia mortuoria.

Oíase el crepitar de los cirios y el profundo rumor de las oraciones.

Fuera, en el hall, sin que la proximidad de la muerte sirviera de freno, la intriga comenzó a tejer su trama.

He aquí que la tradición de la fealdad ante la herencia, se repetía en esta dolorosa historia.

Alguien dijo...

¿Quién fué?

Ocultemos su nombre.

Las palabras sonaron claras y distintas:

—Señor conde del Hencra... Encárguese usted de todos los trámites de la testamentaria.

Rápidamente, desentendiéndose de los que la rodeaban, sin alegar pretexto alguno, Marta desapareció.

Sigamos nosotros sus pasos.

La hija mayor del príncipe de Chiaramonte había sido herida desde el primer instante por un afán criminal.

Procurando que nadie la viera, encaminóse al despacho de su padre.

Ni dudas ni vacilaciones nacieron en su espíritu poniéndole de manifiesto lo infame de su conducta.

Ligera y sigilosa, recatándose a las miradas de los criados, penetró en el estudio del Príncipe y cerró la puerta tras sí. Luego entornó las ventanas que daban a los jardines.

Segura ya de que no podrían verla, se deluyó en medio del despacho, inquirendo a su alrededor.

—Ahí debe de estar—pensó, mirando un antiguo mueble de madera tallada.

Sin titubeos descerrojó los cajones y ex-

trajo de su interior un fajo de papeles. Avidamente sus ojos buscaron el testamento que dividía en partes iguales la fortuna del principado de Chiaramonte y, al encontrarlo, sofocó un grito de alegría.

—¡Este es!—dijo.

Salió del estudio con toda clase de precauciones y subió a sus habitaciones particulares.

Al encontrarse allí, a solas consigo misma, pasó una rápida mirada por el testamento. Conocía perfectamente el sentido de sus cláusulas, pero quiso leerlas, sin embargo.

Mientras leía, el odio, el rencor y la alegría se reflejaban alternativamente en la expresión de su rostro.

—¡Oh, no! ¡Nunca consentiré que se cumpla la voluntad del Príncipe!—exclamó.

Y prendió fuego a las disposiciones testamentarias del señor de Chiaramonte, arrojando el documento a la chimenea. El papel se hizo pronto llama, se abarquilló, crujó y se redujo a cenizas. Un segundo, Marta aun pudo ver las letras del testamento que se encendían fugazmente.

—Ahora—dijo—la fortuna de mi padre no sufrirá partición alguna. Mío será el Principado y yo seré quien fije sus destinos.

Una sonrisa triunfal entrecabrió sus labios. Acordóse del capitán Severi.

¿La rechazaría él ahora que ella podía



Y prendió fuego a las disposiciones testamentarias del señor de Chitaromonte....

ofrecerle una corona de príncipe y una enorme fortuna?

Aquel mismo día, el capitán Severi recibía la orden de presentarse en el Gobierno militar de Nápoles.

Desconociendo aún la muerte del padre de Angela, Severi acudió a ponerse a la disposición de su jefe inmediato, que le entregó un parte dirigido a él por intermedio del Gobierno militar y que había llegado de Roma.

Con verdadera sorpresa, el capitán leyó: «El Ministerio de la Guerra le concede el honor de alcanzar méritos en su carrera dirigiendo una expedición militar en tierras de Trípoli.»

—¿A quién debo agradecer esta distinción? preguntó Severi al comandante que le había entregado el parte.

—A su propia conducta, capitán.

—¿Debo partir en seguida?

—Se le concede un plazo de ocho días... Usted se embarcará con las tropas en un transporte de guerra el próximo 23.

Nada tan halagüeño como la alta confianza de que le hacía objeto el ministro de las fuerzas de tierra. Y aunque el pensamiento de separarse de Angela le entristecía, la esperanza de la gloria militar que le esperaba en las colonias ofreciéndole un magnífico porvenir, ponía sordina a su tristeza.

Ella se alegrará también—pensó.

Recordó su promesa de la víspera. Y lleno de confianza abandonó el Gobierno militar, seguro de que el señor de Chiaramonte no se opondría a sus deseos de convertirse en el prometido de su hija menor.



Cuando terminaron las fúnebres ceremonias, rendidos los últimos honores al muerto ilustre, empezaron las ceremonias sociales.

Marta preparó sus armas de intriguante para aquel momento, mientras a su lado Angela sólo pensaba en su dolor de huérfana.

En el salón principal del palacio se reunieron los servidores, el notario, el conde del Fence y su primogénito y las dos hermanas para conocer el testamento del Príncipe.

Iba a procederse a dar lectura a su última voluntad.

Marta y Angela, las dos enlutadas, la una con el duelo en el alma y la otra con la frialdad en el semblante, tomaron asiento frente a dos enlutados muy tristes oficialmente: eran éstos el padre y el hijo que esperaban el reparto de la herencia para consolar a la huérfana más hermosa.

El notario se levantó.

Se hizo un vasto silencio.

Conociendo de antemano lo que iba a decir el guardador de la fe pública, la mayor de las hermanas adoptó una actitud de circunstancias, de compunción aparente.

Angela no comprendía el por qué de aquella reunión y esperaba no sabía qué. Su deseo era el de encontrarse a solas para verter nuevas lágrimas y orar por el muerto.

—¡Señores!—comenzó diciendo el notario.

El Conde y su hijo hicieron todo oídos.

—Entre los papeles del Príncipe, sólo ha sido encontrado el testamento hecho antes de nacer la segunda hija.

Marta sonrióse interiormente y miró a su hermana; pero Angela, despreocupada de los intereses materiales, continuaba con su expresión de virgen herida por el puñal del dolor.

El Conde, sorprendido al oír al notario, cuyas palabras habían sido como una palatada de tierra arrojada sobre sus ilusiones, levantóse y dijo con seguridad de convencido:

Existe indudablemente otro documento que anula esa disposición. El Príncipe, antes de morir, me prometió introducir cambios de importancia en su última voluntad.

—Lo que el señor Conde sostiene es muy grave. Si los cambios de que habla hubieran sido hechos, debían haberse encontrado los documentos en que el Príncipe los hizo constar...

—Pues yo repito que tal era el pensamiento del señor de Chiaramonte.

—Eso no basta... ¿Puede decirnos usted donde se consignó ese pensamiento?

El Conde dejó caer los brazos con desaliento.

—¡Lo ignora!—exclamó.

—Entonces—presiguió el notario, faltando una base cierta a sus suposiciones, es inútil pretender oponerse a los mandatos de la ley.

Marta seguía con atenta curiosidad el debate que sostenían el amigo de su padre y el guardador de la fe pública. Todo se desarrollaba de acuerdo con sus planes. Su hermano, en cambio, parecía ajeno a lo que sucedía. Demasiado ingenua para suponer las torpes maquinaciones de Marta, no podía adivinar que lo único que se estaba ventilando era su porvenir.

Su defensor—defensor interesado—el conde del Fenece, carecía de argumentos para apoyar el derecho de la joven.

—La ley es la ley—añadió el notario.—Ella me fuerza a reconocer como dueña absoluta de títulos y bienes a Marta, la hija de la Marquesa de Mola.

Se volvió a los criados y agregó:

—Desde hoy la única dueña y señora del palacio es la primogénita del Príncipe de Chiaramonte... Pueden ustedes retirarse.

Los servidores se inclinaron ante Marta:



Demasiado ingenua para suponer las torpes maquinaciones de Marta...

—¡Excelencia!

Con un vago ademán, ella les ordenó salir.

En cuanto los criados se retiraron, el notario, adoptando un tono confidencial, prosiguió:

—Mi deber es penoso, pero debo hablar con toda claridad...

—Sin embargo—interrumpió el Conde,—no debemos olvidar que Ángela es también hija del Príncipe.

—La ruego que me permita concluir—observó el notario cambiando una mirada con Marta.

Hizo una pausa, y como si tuviera que realizar un esfuerzo, continuó:

—El segundo matrimonio del Príncipe, fué un matrimonio por amor...

Marta no pudo reprimir un movimiento de protesta.

—...no reconocido por los fueros de la nobleza italiana—prosiguió el notario.—Ángela no tiene, pues, existencia civil en las listas de la nobleza.

Hubo un silencio. El Conde miró a su hijo, y sus ojos tuvieron una elocuencia dolorosa y repugnante.

—Esas manifestaciones—dijo levantándose de nuevo,—rompen mi contrato verbal de matrimonio. Mi hijo se ve precisado a retirar su palabra.

Con el asombro reflejado en su dolorido semblante, Ángela preguntó:

—Hermana mía, ¿qué significa esto? Marta encogióse de hombros.

—¿A qué vienen estas ceremonias?—insistió la niña rubia.

Seca e imperativa, su hermana le impuso silencio:

—¡Cállate!

Ángela obedeció. No comprendía nada.

El Conde y su primogénito se despidieron: un saludo cortés y de indiferencia a las huérfanas y una mirada rencorosa al notario.

Poco después, las dos hermanas se quedaban solas frente a la vida.

Entonces operóse un cambio brusco en la actitud de Marta. Su rostro adquirió una extraña dureza y con voz aguda habló:

Poco he de añadir a lo dicho por el notario...

En estas palabras, Ángela adivinó algo terrible, doloroso, inhumano.

—¿Tú no eres nadie en esta casa!... ¡Tu madre usurpó un puesto en mi familia!

La pobre muchacha sintió frío, como si sus amores se le hubieran helado en el corazón.

—¿Por qué hablas así?—preguntó temblorosa.

Sentíase tan sola, tan abandonada, tan triste, que quiso buscar apoyo en su hermana, pedirle que la protegiera, y reclinó la cabeza en su hombro.

Si hubiera sido susceptible de coamoverse,

Marta se hubiera conmovido al sentir la suave presión de aquel rostro bañado en llanto. Pero su ambición rechazó los estímulos de la piedad, y separándose de la pabrilla, la interpelló secamente:

—¡Concluyamos de una vez esta farsa hipócrita!

—¿Por qué hablas así?—volvió a preguntar Angela.

Marta no calló más tiempo los rencores que la corroían.

—Porque te odio y te desprecio, como odió a la intrusa de tu madre.

Aterrada, la jovencita se hizo atrás.

—Hasta hoy callé por respeto a mi padre—añadió la hija de la marquesa de Mola.

Con sus lagoterías, tu madre se apoderó del corazón del Príncipe, como tú has hecho con el capitán Severi, el único hombre amado por mí.

La súbita revelación salió de sus labios, de los que brotaban las injurias como flores venenosas en un estío de fuego.

La pequeña víctima extendió los brazos hacia aquella furia que la zahería con sus gritos.

—¡Calla!... ¡Calla!—rogó.

—¡No, no callaré!... Has de oírme...

—Marta, yo siempre te quise... ¿Por qué me odias?—imploraba llena de espanto.

¡Perdóname!... Yo nunca te hice daño

alguno... Yo nunca te ofendí... Yo te quiero aún... ¡Perdóname!

Enardecida, la primogénita de Chiaramonte no oía las suplicas.

—¡Tu madre no esperaba este fin a su aventura!—dijo febrilmente.—¡Tú, sin fortuna, vivirás como ella debió vivir!... ¡Tú volverás a la nada, de donde ella salió.

Casi sin fuerzas, vacilando, tendiendo sus manos blancas como lirios, Angela sollozó:

¡Compasión!

Y con un lamento que desgarró el silencio, alzó los brazos llamando al muerto amado, al buen Príncipe que siempre la había prodigado sus caricias:

—¡Papá!... ¡Llévame a tu lado!

Quiso aún vencer la dureza de su hermana, pero ésta, seca a la voz de la sangre, la arrojó de sí:

—¡Aparta!... ¡Déjame!

Amedrentada, enloquecida, la pobre niña pretendió huir. La voz de Marta la siguió para decirle:

—¡Estás de más aquí! ¡Nada tienes que hacer en esta casa!... ¡Vete!

Y de nuevo la oyó, dirigiéndose a un criado:

—De hoy en adelante las puertas de este palacio están cerradas para esa mujer.

Tropezando, subió a sus habitaciones. Cada uno de sus pasos dejaba la huella de su dolor sin límites. Al luto que cubría su

alma por la muerte del señor de Chiaramonte, uníase ahora este nuevo luto por la odiosa conducta de María.

¿Qué hacer?

Llorar primero. Llorar después. Llorar siempre.

¿A dónde iría?

—¡Padre, padre mío!—gimió.—¡Llámanme a tí!

Unos pasos se deslizaron por el piso. Unas manos cariñosas se posaron en la cabeza de la muchacha. Un rostro se acercó al suyo. Y unas lágrimas amigas se mezclaron con las de Angela.

—Mi casa es pequeña, humilde... Pero se honrará si usted acepta en ella un rincón.

Angela miró a través del húmedo velo que empañaba sus ojos y refugióse en el seno maternal de su señorita de compañía.

—¡Gracias!... Me iré a su casa... Viviré con usted... ¡Gracias, amiga mía, mi buena amiga!

Y la hija del único amor que tuviera el señor de Chiaramonte, halló, en medio de su abandono, quien compartiera su pena.

El nuevo hogar de la que había sido educada en la abundancia, era modesto sin ser pobre: un interior humilde de una casa situada en una calle alejada del centro.

Los primeros días, fresco todavía el recuerdo de las pasadas amarguras, fueron muy tristes.

A pesar de los solícitos cuidados de su antigua señorita de compañía y de las atenciones cariñosas con que procuraba rodear a la pobre huérfana, ésta no podía substraerse a la angustia de los recientes dolores que taladraban aun su almita de niña.

La buena mujer que la acogiera en su casa, trataba de consolarla diciéndole:

—Bien está que recordemos por nuestros muertos y que no los olvidemos. Pero la vida tiene también sus exigencias y es necesario afrontarlas con ánimo alegre.

—¡Si sólo tuviese que llorar la desgracia de mi padre!—lamentábase Angela.

—Yo no sé de otra...

—Si que sabe usted... Ahora, que se lo calla para no afligirme.

Y al decir esto, pensaba en Marta y en Severi.

Las mañanas eran para la huerfanita de aguda inquietud. Una débil y secreta esperanza hacía la vivir en tales horas intensamente, hasta que la llegada del cartero, al no traerle noticias, volvía a sumirla en su pena.

—¡No hay carta!... ¡Nadie me escribe!... ¡Todos se olvidaron de la desheredada!

Su compañera la animó:

—Si el capitán supiera su escondite, estoy segura de que aquí ya habría perfume de flores.

—No lo espero... Yo no soy mas que una huérfana, una muchachita sin recursos que usted ha recogido por caridad.

—¡No diga eso!... Estoy sola en el mundo y soy yo la que tengo que agradecerle que haya venido a vivir conmigo.

Las dos mujeres fueron sacudidas por la misma emoción al oír sonar la campanilla de la puerta.

Un presencimiento idéntico las puso en pie.

—¿Quién será?—preguntó Angela.

Y como si adivinara la confirmación de su presagio, cuando dijo que no todos se habían olvidado de la muñeca rubia, la antigua señorita de compañía afirmó:

—¡Es él!

La puerta se abrió y la joven llevóse las manos a su pecho alborozado.

Juan Severi avanzaba hacia ella.

—¡Al fin he encontrado su casa!—exclamó el capitán.

Luego, con un tono de amargura, añadió:

—Poca debe ser la confianza que tiene usted en mí, al no darme cuenta de sus desventuras.

Ella se excusó:

—Fueron tantas y en tan pocos días mis desgracias, que temí que nadie quisiera venir en mi ayuda.

—¿Y con qué derecho pensó usted mal de mí?

—Cierto, Juan... Mi único derecho a la desconfianza lo disculpan las terribles decepciones que sufrí después de la muerte de mi padre.

Se encontraban solos. La amiga de Angela habíase retirado, dando pruebas de una discreción admirable.

Los jóvenes se sentaron juntos. Severi conservaba entre las suyas las manos de su novia.

—¡Si usted quiere, el mundo será nuestro!—dijo con alguna precipitación.

Ella le miró un poco sorprendida.

—Tengo que darle una noticia—añadió. Pero cambiando de pensamiento, rectificó:

—Mañana se la daré... Hoy es día de duelo...

Familiarizada con la desgracia, presintiendo una nueva amargura, Angela quiso

saber qué era lo que se ocultaba detrás de aquellas palabras, y preguntó:

—¿Por qué calla?

—No me atrevo a decirle la verdad.

—¿Tan grave es?

—No... grave no... Es decir... según...

—¡Hable, Juan, se lo ruego!... Las puertas de mi corazón ya están abiertas al dolor.

Inmutado por la amargura de aquella voz, Severi fué a estrechar a la joven contra su pecho. Pero Angela, con gesto vivo, lo impidió.

—¿Qué le sucede?... ¡No me explico su actitud!

No tuvo tiempo de adquirir una noción clara acerca de aquel cambio. Angela acababa de levantarse, huyendo a un extremo de la habitación y ocultándose la cabeza entre las manos.

—¡Oh, que horror!—exclamó.

—¿Qué es eso, Angela?

—¡Oh, no, no quiero decir lo que de usted pienso!

Sin explicarse el miedo que revelaba la joven, Severi insistió:

—Pues debe decirme... ¡Necesito saberlo!... ¡Quiero saberlo!

La voz de la pobre niña sonó tímidamente:

—Yo soy la mujercita sin amparo, fácil a la aventura... Eso es lo que usted pensó al venir aquí y yo lo he adivinado... ¡Y no, yo no soy eso!

Fué de una brava entereza el final de la frase.

Severi no contestó.

Extraño del bolsillo de su guerrera el parte que la habían entregado en el Gobierno militar y se lo mostró a la muchacha.

—¿Quiere usted hacerme el favor de leer?

La pregunta, por lo inesperada, distrajo los temores de Angela.

Alzó el rostro y su mirada chocó con la mirada noble de su novio.

—¿Es preciso que lea?

—Absolutamente preciso.

Tomó el parte y leyó:

«El capitán Juan Severi, al frente de una compañía de Ingenieros, debe realizar los penosos trabajos que en Trípoli necesita la patria...»

Otra vez la mirada de ella encontróse con la de él.

—¡La patria!...

Severi guardaba silencio.

—¡Dejar a una mujer por esa rival, no es pecado!... Me he equivocado.

Y transfigurada de alegría, tendió las manos a su amigo:

—Perdón, Juan!... Mi situación me hizo suponer a usted tan malvado como a los que hasta hoy me mintieron cariño... ¡Me han hecho sufrir tanto!

Se acercó a él, segura de ser comprendida.

—¿Verdad que me perdonas?



—¿Verdad que me perdonas?

El tuteo lleno de confianza nació de pronto.

—Tú, amada mía, eres quien debes perdonarme por no haber corrido antes a tu lado.

La cabeza de la señorita de compañía asomó en la habitación, hizo un guiño y tornó a ocultarse. Ella sabía que no obraba mal al hacerse cómplice de estos amores.

Juntos, recobrados el uno para el otro, los dos jóvenes sentían que su mutua pasión se enaltecía teniendo como escena aquella estancia humilde.

Pero el amor llegaba con una nueva amargura.

—Mañana zarpa el transporte con mis tropas— dijo él.

Angela inclinó la cabeza, sometiéndose a su destino.

—Yo puedo rechazar ese cargo... quedarme a tu lado para siempre.

—No merezco ese sacrificio— repuso la muchacha.— Primero es tu gloria y la patria.

—Te agradezco que hables así... Yo partiré... Es posible que corra algún peligro... Pero volveré algún día y entonces...

Los sollozos de Angela cortaron su frase.

—¿Lloras?

—Déjame que lloro.

—¿Te apena que me marche?

—No... Llora de alegría... porque te quie-

ro y he encontrado en ti un cariño igual al mío.

De los labios cayó sobre la cabeza abatida un beso santo.

Horas más tarde, después de repetirse las eternas promesas y de confiarse sus ilusiones, Severi dejó a su novia.

—Hasta mañana. Vendré a despedirme de ti—le dijo en la puerta del piso.

—Que vengas temprano... Quiero acompañarte hasta el puerto para darte mi adiós.

Una hora antes de la partida, Severi, como lo había prometido, vino a despedirla.

Salieron juntos, acompañados de la señorita de compañía. Tomaron un coche, cuyo interior ocuparon los amantes, resignándose la amiga y protectora de Angela a ir en el pescante, al lado del cochero.

—Todavía falta una hora para la salida del barco—dijo Severi.—Podemos dar un paseo antes de ir al puerto.

El coche tomó por una larga avenida sin urbanizar, dirigiéndose a las afueras.

La mañana era fría. El cielo estaba encapotado y el día tenía el color gris del invierno.

En el secreto del carruaje, ocultos a las burlonas miradas que habrían de reír desde el hielo de su indiferencia, los dos jóvenes se estrechaban el uno contra el otro.

La amargura de la próxima partida había roto los diques de la pena de Angela, que sollozaba sobre el pecho de su amigo.

Todas sus esperanzas se cifraban en el capitán.

Tengo miedo—dijo inesperadamente.

—¿De qué tienes miedo?

—No lo sé... Es un miedo vago, sin motivo... En Tripoli se suceden con frecuencia los asaltos a nuestras tropas... ¡Oh, Dios mío, si a ti te ocurriera algo!

Severi la abrazó con ternura, sintiendo como entre sus brazos palpitaba azorado el cuerpo tibio y gracioso de Angela.

—No temas... Regresaré pronto, y el día de mi regreso será el de nuestra boda.

Ella necesitaba creer, y se abandonó a la esperanza.

—¡Sí!—exclamó.—Volverás pronto, muy pronto...

Y aunque tardase algunos años...

—¡Te esperaré siempre, siempre!—prometió.

Su rostro macerado por las lágrimas tenía una palidez de mármol. Viéndolo, él acordóse del cuadro de Osgvaldi «La hermana blanca». Lo mismo que en el lienzo, su belleza se exaltaba ahora con el dolor.

Besó su frente. Sus labios no se atrevían aún a arrancar el sello casto que cerraba los labios de ella, encogida cerca de él, turbada y triste como una niña indefensa.

—Me escribirás por todos los correos.

—Te lo prometo.

—Y no me ocultarás nada de lo que te suceda.

—Como lo dices, lo haré.

—Si llegaran a faltarme tus cartas, la locura se adueñaría de mí.

Y de nuevo estalló su congoja.

El la acarició suave y largamente, caricias amables en las manos, caricias bondadosas en los cabellos, caricias delicadas en las húmedas mejillas... Y en cada uno de estos sitios puso un beso limpio de voluptuosidad.

Al paso lento de un mal jamelgo, el coche de alquiler seguía su camino, sin rumbo fijo.

De pronto rasgó el aire la sirena del barco y poco después oyóse el agudo pitido que anunciaba su salida.

Angela y Severi sintieron toda la angustia de aquel instante.

—Avisa al cochero que te conduzca al puerto—sollozó la joven.

Y abrazó con una íntima desolación a Juan, rompiendo con su timidez.

El caballo volvió grupas, encaminándose a la bahía donde se hallaba anclado el transporte.

Cerca del puerto, Severi estrechó por última vez a su novia y descendió del coche.

Ella también quiso bajar.

—No, quédate... Podrían verte, y la murmuración hallaría pasto para la calumnia.

La protectora de Angela, su antigua señorita de compañía, abandonó el pescante.

El capitán estrechó su mano.

—¡Cuidela! ¡Sea para ella como una madre!... ¡Es mi muñeca, mi joya, mi vida! Se separaron.

A través de la mirilla posterior del coche, Angela lo vio marchar.

Su amiga sentóse a su lado, pero la joven no se dio cuenta de su presencia.

Siempre avizorando por la mirilla, ella siguió a su prometido, lo vio saltar a una lancha y mezclarse con los soldados.

Sobre el mar azul, erguido en uno de los bancos de proa, Severi agitaba un pañuelo.

La lancha arribó a un costado del transporte, y por una escotilla desapareció el capitán.

Partió el coche. Sin abandonar su puesto, Angela pudo ver a su novio que reapareció en la cubierta del barco y se inclinó sobre la borda mirando hacia la ciudad.

Luego... las hélices rompieron las aguas y el transporte hendió las olas, dejando tras sí una estela de espuma blanca...

Cada corazón partía con rumbo a su destino.

¿Volverían a latir al unisono del mismo amor?

Interrumpamos un momento el relato de estos tristes amores, que, después de una alborada de alegría—cuando se hicieron las

primoras promesas,—tuvieron que luchar incesantemente contra un signo adverso, para volver, siquiera sea por un instante, al Observatorio del Vesubio, donde Hugo Severi, su director, trabajaba con afán incansable queriendo vencer las fuerzas ocultas en las entrañas de la montaña siniestra.

Los estudios del profesor Severi divulgados por las revistas profesionales, habían atraído al observatorio a distintos representantes de las ciencias italianas, deseosos de conocer los inventos de Hugo.

Este los recibió con su habitual cortesía y los condujo al centro de su actividad, al sitio predilecto en el que hacía sus interesantes observaciones, una pieza de cinco a seis metros en cuadro, ocupada casi en su totalidad por diversos instrumentos de física y aparatos de análisis geodésicos.

Lo que producía cierta extrañeza era una ancha abertura practicada en la pared que miraba a la cresta de la montaña y en la que había encajadas largas láminas de metal hendidas, muy sensibles a los cambios atmosféricos y que se iluminaban con una luz amarilla intermitente señalando el estado de las capas terrestres más próximas al volcán.

Los visitantes de Hugo comprendieron que aquél era el último invento del director del observatorio, invento del que se venía

hablando desde algún tiempo atrás en las revistas nacionales y extranjeras.

El profesor confirmó estas suposiciones, diciendo:

—Estoy seguro de mi nuevo aparato... Véanlo ustedes: se llama el Volcanómetro. Por procedimientos eléctricos que actúan sobre estas láminas, llego a conocer con exactitud el nivel de la lava.

Luego hizo observar a los sabios los resplandores amarillos que iluminaban las láminas y añadió:

Esos reflejos son los que me indican, con su intensidad y duración, el movimiento de la lava y por ellos puedo advertir la existencia del peligro y prevenir a los moradores de los pueblos cercanos.

Las explicaciones, claras y seguras, impresionaron agradablemente a los compañeros de estudio del director.

—¿Y no hay peligro para usted en su larga permanencia en este puesto?—inquirió uno de los sabios.

—Sí, alguno... Las emanaciones de estas tierras son peligrosas, pero todos nosotros sabemos que nada se consigue si no desafiando los peligros y trabajando sin cesar.

—Certo, cierto—asintieron los visitantes.

—¿No ha tenido usted colaborador en sus trabajos?

—Mi hermano, el capitán Severi... un colaborador un tanto escéptico.

Se calló.

¿Dónde, en qué puesto de gloria y de peligro se encontraría su hermano a aquellas horas?

Salvemos con las botas de cien leguas, que son el privilegio del novelista, la distancia que separa la península italiana de Trípoli.

Primero atravesemos el mar, dejemos atrás las ciudades de la costa de Africa y penetremos luego en el desierto.

Un océano de arenas se extiende en todas direcciones. A grandes trechos, separados por kilómetros, se encuentran algunos aduare árabes, y aquí y allá, salpicados por la llanura abrasada, se ven pequeños oasis, refugio de las caravanas en sus largas peregrinaciones.

Cerca de uno de ellos se alzan las tiendas de campaña de la compañía de ingenieros que manda el capitán Severi.

Desde hace ocho días, las tropas italianas recorren las rutas ignoradas del desierto para llevar los progresos de la civilización a las tribus bárbaras que viven en el interior del continente africano, entre Egipto y Túnez.

Es de noche.

Entre los azares de la guerra se impone la paz del momento, que a cada segundo puede ser sobresaltada.

En las guerras de las colonias se repiten

los incidentes dolorosos que arrebatan vidas de soldados y destruyen las avanzadas con que los pueblos europeos escalan su penetración en los países salvajes.

El capitán Severi se ha retirado a su tienda.

Un centinela monta la guardia.

Pasan las horas.

Cuando el silencio es más profundo y el sueño reina en el pequeño campamento, allá lejos, detrás de unas palmeras, asoman los rostros atezados de unos cuantos árabes que se disponen a copar la compañía.

Conocedor del terreno, el enemigo se desliza cautelosamente, dejando a retaguardia un destacamento de caballería que intervendrá en la lucha al sonar los primeros disparos.

Sorprendido, el centinela apenas si tiene tiempo de gritar el alarma antes de caer atravesado por una bala.

El capitán Severi despertó al oír la detonación y, tomando sus armas, salió de su tienda.

Mas ya era tarde para intentar la defensa.

Como una tromba cayeron los árabes en el campamento. Se luchó breves instantes. Corrió la sangre... Luego, nada, el silencio.

Al amanecer, el desierto había recobrado su majestuosa calma. Sólo algunos muertos señalaban el lugar de la lucha. Tendidos cara al cielo despojados del uniforme, mos-

traban sus dientes blancos, conservando aún en el rostro la mueca de la agonía.

Las arenas serían su tumba, y el sol ardiente de Africa momificaría sus carnes, si antes no servían para saciar el hambre de los leones, reyes del desierto.

¿Estaría entre los muertos el capitán Severi?

Las mutilaciones de que los árabes hicieron objeto a sus víctimas no permitían reconocer a ninguna.

* * *

Reservemos para Angela toda nuestra compasión.

Ella vivía esperando, y en espera del remanso de paz que él le había ofrecido, procuraba su pan y su vida dando lecciones en su casa a niños no siempre buenos, aunque tampoco malos—los niños no saben serlo,—pero traviesos las más de las veces.

No queriendo ser gravosa a su amiga, la joven había abierto una escuela, a la que asistían varios muchachos de distinguidas familias, pues no en vano la profesora por necesidad llevaba el nombre de Chiara-monte.

Se hallaba precisamente dando clase, una mañana, un mes después de la partida de su prometido, cuando entró su antigua señorita de compañía con una carta.

—¡Noticias de Africa!

Angela se levantó rápidamente, y al darse cuenta de su condición de maestra, que debe dar en toda ocasión ejemplo de compostura, miró a su protectora con azoramiento, dirigiéndole una súplica silenciosa.



Se hallaba precisamente dando clase una mañana...

En cuanto tuvo la carta en sus manos, la joven no paró hasta salir de la clase, para correr a su gabinete particular, y allí disfrutar de la lectura de las palabras llenas de pasión de Severi.

La salida de la profesora produjo vivo revuelo entre los alumnos.

Uno de ellos, el único niño de la clase, Paquito de nombre, era un rapaz turbulento, incapaz de estarse quieto y que estaba ideando a cada paso alguna diablura.

No le inmutó el que la protectora de Angela ocupara el lugar de ésta.

En el ejercicio de su interinidad, la antigua señorita de compañía llamó a una de las alumnas.

La niña se levantó y volvió a sentarse lanzando un grito:

—¿Qué es eso, Luisa?

La maestra se levantó, advirtiendo algo anormal. Y tanto, como que Paco había atado la trenza de Luisa al respaldo de la silla.

—¿De modo que tú no escarmentas?

Paquito hizo como que no oía.

—Pues mira que encima de mi mesa tengo una regla y no quisiera hacértela probar.

Paquito permaneció mudo.

—Por esta vez me contentaré con un pequeño castigo.

Paquito se dijo interiormente que era un hombre de suerte.

—Te pondré ahí, a mi alcance, mirando para la pared.

Y Paquito, como un muchacho obediente, se puso detrás de la mesa de la profesora,

la cual le obligó a volverse y a tocar la pared con la punta de la nariz.

Lejos de la clase, sola en su alcoba, Angela leía la carta de su prometido. Deteníase en las palabras, gustando la emoción que las había dictado y sus labios ponían comentarios de besos en las frases más elocuentes.

«...Mi esperanza es el brío que pusiste en tus palabras al jurar que me esperarías siempre...»

Cerró los ojos para evocar aquella mañana fría de marzo en que los dos, juntos en el interior de un coche, pasearon sus amores por las afueras de la ciudad hasta la salida del barco que debía conducir a Severi a Trípoli.

Un mes transcurriera desde entonces. Sin embargo, el recuerdo se conserva íntegro, haciendo renacer en su memoria los pequeños incidentes de aquella despedida.

Siguió leyendo:

«...Acabo de recibir orden de salir para el interior con mi compañía. No temas por mí. El territorio está pacificado, y sólo algunas insignificantes partidas de merodeadores pueden constituir un peligro, nunca serio dados los elementos de defensa puestos a mi disposición...»

Se estremeció con un vago temor. Pero su cariño era tan grande, amaba con tal

entusiasmo, que la confianza volvió a ganarla.

«...No se los días que permaneceré en el desierto—añadía Severi,—y como el puesto más próximo se encuentra bastante alejado de mi punto de destino, es posible que tardes algún tiempo en recibir nueva carta. No te preocupes por eso. Demasiado sabes que mi amor crece con la distancia y que, con la esperanza de un pronto regreso, más te amaré cuanto más alejado esté de ti...»

Angela sintió que sus ojos se humedecían.

—Mi Juan!—dijo besando las últimas palabras.

Y de nuevo volvió a leer la carta, embriagándose con el perfume de pasión con que Severi había aromado sus frases.

Ya no se acordaba de sus alumnos, con los que su amiga tenía que luchar, atenta a reprimir los movimientos subversivos del indócil Paquito.

La clase seguía su curso natural. Por la mesa de la profesora iban desfilando las niñas y recitando sus lecciones.

En apariencia, nada sucedía.

Sin embargo había una alumna que se retorcía en su asiento, ocultando la cabeza, como si quisiera disimular la risa.

La maestra pudo observar que la pequeña, de cuando, en cuando, miraba hacia la mesa, como si allí o a sus espaldas estuviera la razón de su hilaridad.



Angela sintió que sus ojos se humedecían.

Y en efecto, así era.

Paquito, condenado a mirar a la pared, había advertido encima de su cabeza un espejo, y acto seguido, sin encomendarse a Dios ni al diablo, alzóse en las puntas de los pies, inclinó el espejo y se puso a hacer las muecas más divertidas que se le ocurrieron.

Por desgracia suya, la profesora, adivinando su juego, se volvió, sorprendiéndolo.

—¡Ah, granuja! ¿Tan pronto has olvidado que para castigar a los muchachos traviesos tengo una regla?

El rapaz hubiera querido exponer alguna excusa como justificación a su conducta, pero no le dejaron.

—Te voy a calentar un poco; así aprenderás para otra vez.

Con brazo fuerte, la maestra lo alzó en alto, lo echó sobre sus rodillas y, doblándolo en dos, aplicó con la regla en la parte más saliente de su cuerpo media docena de reglazos.

Aquella fiesta no era de las que divierten a un muchacho, y Paquito protestó.

Como los golpes de la regla no cesaban y la carne castigada ya comenzaba a escocerle, el chiquillo optó por pedir perdón:

—¡No volveré a hacerlo más!

—Como ayer, como anteayer, como todos los días, no volverás a hacerlo hasta la primera ocasión.

Los azotes menudearon todavía un rato.

Y no porque creyera el castigo suficiente, sino porque el brazo se le fatigaba, la maestra puso en pie al pequeño, pújole de una oreja y volvió a colocarlo de cara a la pared.

La clase se reanudó entre la algazara de las niñas, a las que había divertido el incidente.

Angela continuaba en su alcoba, rele-yendo una y otra vez la carta de su prometido.

Debían de ser alrededor de las once.

En la calle apareció Monseñor Sarracinesca, el antiguo confesor del Príncipe, que amaba paternalmente a la desheredada, a la que solía visitar con alguna frecuencia.

Pasó un vendedor de periódicos y lo detuvo para comprarle un diario, inquieto por la noticia que voceaba.

No siguió adelante sin enterarse antes. Pronto sus ojos tropezaron con estas titulares:

Una catástrofe en Trípoli

—¡Pobre muchacha!—exclamó, después de leer la noticia.

Guardóse el periódico y encaminó sus pasos a la escuela de la maestra infantil.

Salió a abrirle la protectora de la huérfana, que comprendió en seguida, por la actitud grave de Monseñor, que se avecinaba algo de importancia.

En pocas palabras, el clérigo la puso al corriente de lo que sucedía.

—Ahora despida usted a los niños, pues tenemos que prevenir a la infortunada Ángela.

Los alumnos abandonaron la escuela.

Al quedarse solos, Saracinesca y la antigua señorita de compañía convinieron la manera de transmitir a la joven la triste nueva.

—¡Precisamente acababa de recibir carta de él!—lamentóse la buena mujer.

—No me diga nada... ¡Es horrible!

Cambiaron una mirada viendo entrar a Ángela, quien al advertir la presencia de Monseñor, se acercó a él vivamente.

—¡Hoy señalaré el día con piedra blanca! ¡Tengo carta de él y viene a verme un amigo de papá!

Sin que en su alegría notara las muestras de sufrimiento que difícilmente podía reprimir su amiga, desdobló el pliego e indicó al sacerdote las siguientes palabras que le dedicaba Juan.

«...Saluda a Monseñor Saracinesca y dile que el que fué quien te bautizó, será el que bendiga nuestros amores...»

Ángela miró al anciano confesar de su padre para apreciar el efecto que le producía la lectura y notó el gesto rápido que le hacía a su amiga, aplicándose el dedo a los labios como para imponerle silencio.

Tuvo entonces algo así como la intuición de una espantosa desgracia.

No preguntó.

Siguió mirando fijamente al sacerdote y a su amiga.

Le faltaban las palabras.

Y Monseñor y la buena mujer callaron también.

De pronto, a las miradas interrogantes respondieron las voces callejeras de los vendedores de periódicos, a los que el público arrebatava los ejemplares.

¿Cuántas voces fueron?

Una y otra vez, el pregón repitióse diciendo siempre lo mismo:

—¡La muerte del capitán Severi!

Un largo grito, un grito terrible, ululante como el ruido del viento al pasar por un túnel, desgarrador como el de un animal herido de muerte, un grito agudo, buido como la punta de un puñal, arrancóse de la garganta de la pobre muchacha.

Y Ángela corrió a su alcoba, para asomarse al balcón y saber quién era el que voceaba aquella horrenda noticia.

Y uno tras otro los vendedores repitieron el pregón:

—¡La muerte del capitán Severi!

¡Quedó inmóvil, con toda la cabeza dolorida, lo mismo que si le hubieran dado un mazazo. Llevóse las manos a la boca en un deseo loco de rasgarlas con los dientes para



Habíase quedado rígida y su rostro tenía la expresión pavorosa de la locura.

aplacar con el dolor físico su dolor moral. Todo su cuerpo sacudióse de arriba abajo. Súbitamente sus ojos se vidriaron y su mirada empezó a perderse en el vacío de la inconsciencia.

Cuando Monseñor y la antigua señorita de compañía llegaron hasta ella, Angela era un cuerpo feto, inerte, tal que si le faltara la vida.

Habíase quedado rígida y su rostro tenía la expresión pavorosa de la locura.

III

Desde aquel día, en el hospital de las hermanas blancas de Santa Juana de Aza hubo una nueva enferma: Angela, que, sin alma para comprender su tragedia, seguía siendo una muñeca apenas con vida, inerte, de ojos ciegos, incapaces de llorar.

La brutal conmoción que le produjeron las voces callejeras al anunciar la muerte del capitán Severi había vaciado su pensamiento y su alma.

¿Qué era ella ahora?

Un triste y pobre ser, muerto a la existencia sensible de las cosas externas, con una débil vida cargada de sombras en su interior.

En su rostro pálido, con ese tono ligeramente amarillento de un antiguo marfil,

reflejábase un doloroso estupor. Los ojos abiertos parecían ciegos, y en la córnea blanca y azul resbalaban las pupilas medio apagadas con el iris sin luz, como una estrella agonizante.

Tendida en el lecho de una celda, miraba delante de sí, con una extraña fijeza, sin sentirse, sin conocer el valor de lo que le rodeaba, como si todo, incluso el tiempo, se hubiera inmovilizado a su alrededor.

La vieron los médicos y su diagnóstico fué igual después de varios días de observaciones.

Monseñor Saracinesca y la antigua señorita de compañía acudían diariamente a Santa Juana de Aza.

El director del hospital, expresando su opinión y la de sus compañeros, concluyó por decirles:

—La terrible emoción ha paralizado sus sentidos. No se acuerda de nada. Sólo se la podría salvar si se le hiciera comprender lo inmenso de su dolor.

—¿Y eso de qué manera?—preguntó el sacerdote.

—Despertando sus recuerdos.

—¿Pero cómo conseguirlo?

El director del hospital había ideado un procedimiento para obligar a que la memoria, mediante la evocación, saliera de su letargo.

—Voy a decirles cuál es el medio que, a

mi juicio, debe emplearse para volver a la enferma a la realidad.

El médico y los amigos de Angela se encontraban en uno de los claustros de Santa Juana de Aza. Las magníficas arcadas de piedra labrada se abrían a un jardín apacible, lleno de los rumores de un surlidor que lanzaba a lo alto su vara de cristal, como un tallo que, al quebrarse, se adornara con flores transparentes.

De tiempo en tiempo dibujábase en las sombras la vaga silueta de una profesa.

Pasó una hermana blanca, juntas las manos en el pecho, la cabeza inclinada humildemente, y dejó una estela de plegarias y un casto murmullo de rosarios que se entrechocaban al andar.

—No veo más que un remedio para tratar el caso de la señorita de Chiaramonte—explicó el director del hospital.—Puesto que la noticia de la muerte del capitán Severi es la que le hizo víctima de la conmoción que sufre, es necesario que sea algo que se refiera al muerto lo que la cure... por ejemplo un retrato del capitán.

—El pintor Osvaldi, si la memoria no me es infiel, le había hecho un retrato—dijo la señorita de compañía.—Creo haberlo visto en su estudio una de las veces que fui a él acompañando a la pobre enferma.

—Entonces encárguense ustedes de avi-

sarle... o mejor, yo mismo le pondré unas letras rogándole que traiga el retrato.

—¿Piensa usted hacer hoy la experiencia? preguntó el sacerdote.

—Sí, cuanto antes mejor... Ustedes pueden esperar.

Osvaldi no tardó en presentarse, respondiendo al requerimiento que le hacían.

Su amor hacia Angela se había transformado en una pasión ideal por su cuadro «La hermana blanca», donde pusiera lo mejor de su arte.

Timido y sensible, al comprender lo imposible de sus amores, el artista olvidó el modelo para sustituirlo por su creación, por la imagen a la que él daba vida con sus pinceles y en la que supo reflejar todo lo que hay de divino en la humana belleza de una virgen.

Al recibir la carta del doctor y saber que ella estaba enferma, apresuróse a prestar el servicio que se le pedía.

El retrato de cuerpo entero del capitán Severi fué colocado a los pies del lecho de Angela, de manera que sus ojos tuvieran, por fuerza, que detenerse en algún momento en el lienzo.

—Yo espero—dijo el médico—que la vista de su prometido provoque una crisis bastante violenta para hacerle recobrar los sentidos.

Ella no se dió cuenta de que entraban

en su alcoba. Permanecía rígida, como en un éxtasis, con los ojos siempre abiertos perdidos en el vacío de su angustiosa vaguedad mental.

La dejaron sola. Frente a la cabecera de la cama, el retrato de Severi parecía llamarla, pidiéndole que despertase del terrible sueño de su inconsciencia.

¿Se produciría la evocación?

Un reloj contó el tiempo.

No se oía ruido alguno.

Todo era silencio, un silencio tan denso que se dijera que llenaba el inmenso edificio y las calles de la ciudad y aun la montaña de entrañas bullidoras abrasadas por el fuego de la lava.

Sobre el horizonte destacábase la cumbre del Vesubio, coronada de su penacho de humo.

Un poco más abajo, el observatorio ponía su nota de piedra calcinada en el paisaje verde de la campiña.

Dentro de él un hombre, un mártir, Hugo Severi, inclinábase observando el Volcanómetro.

De cuando en cuando, un golpe de tos le arañaba el pecho y todo su cuerpo era sacudido por estremecimientos convulsivos.

Su amor a la ciencia iba agotando su vida.

Volvió a toser, con los ojos inyectados, tirantes los músculos del cuello, las manos contraídas por el dolor.

El profesor Severi perdía la salud al respirar constantemente las emanaciones melfíticas del volcán.

Y era su tos lo único que rompía aquel silencio que parecía extenderse desde las cumbres del Vesubio hasta el hospital de Santa Juana de Aza, donde la prometida de su hermano era sometida entonces a una prueba que o debía devolverle la salud o la dejaría encerrada mientras viviera en las cárceles de la locura.

Fuera de la alcoba, los amigos de Angela, el doctor y dos monjas esperaban impacientes.

Lo que suceda será decisivo—confesó el médico.

Monseñor Saracinesca elevó los ojos al cielo.

La señorita de compañía murmuró una oración.

Y las dos monjas comenzaron a pasar entre sus dedos las cuentas de sus rosarios.

En el jardín, el surtidor seguía recitando las líricas estrofas que daban forma a sus flores de cristal.

Se oyó la voz argentina de una campana llamando a las hermanas blancas.

Angela permanecía en su lecho de telas albas, con su rostro de mástil sin expresión.

Sus miradas, dirigidas al techo, cayeron poco a poco, abatidas, cansadas.

Pero no distinguieron el cuadro.

De nuevo vagaron indecisos.

Al fin se detuvieron, quedando fijas en el retrato. Y nada; una vez más perdiéronse en el vacío.

¡Señor, Señor! Salva a esta niña enferma, a esta niña buena, tan pura como la que más te sea de tus siervas... ¡Sálvala, Señor!

Volviéron las miradas a posarse en el cuadro.

Y he aquí que quedaron presas en el lienzo.

Angela pasóse las manos por el rostro.

No comprendía aún, pero algo se encendía dentro de ella, algo que podía iluminar su memoria y disipar las sombras que se amontonaban en los caminos del recuerdo.

Parecía vacilar.

¡Señor, Señor! Concluye tu obra. Ayuda a esta niña enferma, devuelve la vida a esta niña buena, cuya alma es tan limpia como la más limpia de la mejor de tus esposas... ¡Concluye tu obra, Señor!

La enferma se incorporó, atraída por el cuadro que la llamaba a sí.

Y un destello, como el primer latido de un sol naciente, alumbró sus ojos.

Sin embargo, no recordaba aún.

Su cuerpo echábase hacia delante. Sus brazos tendíanse hacia la imagen de Severi.

Poco a poco, sus manos echaron atrás las ropas y Angela levantóse y se dirigió a pasos quedos hasta el retrato.

Se detuvo frente a él, temblorosa como una niña delante de un juguete codiciado.

Las yemas de sus dedos acariciaron el lienzo.

Atrodillóse a su lado y unió su mejilla al rostro de Juan, del infortunado muerto en el desierto.

Pero no lo reconocía.

Comenzó a besar la imagen, como si fuera un ser vivo. Sus labios dieron muchos besos, todos los besos que ella guardaba para él.

Y una lágrima se desprendió de sus ojos dando vida a su corazón.

¡La evocación acababa de producirse!

El rostro rígido, inexpresivo, se moldeó de pronto en el recuerdo, y un dolor sin límites, que hizo afluir las lágrimas caudalosamente, reflejóse en el óvalo delicioso de la muñeca rubia, de la muñeca de carne con nervios y sensibilidad, que despertaba de nuevo a la vida para saber que sus ilusiones habían sucumbido.

Los sollozos se sucedieron bruscos, sin interrupción.

Mas aun faltaba la palabra, el verbo revelador de que ella conocía y sentía.

Y la palabra brotó:

—¡Juan, mi Juan!... ¿Por qué me abandonaste?

La puerta se entreabrió y cerróse de nuevo.

Instantes después, el doctor se reunía con los amigos de la enferma y les decía:

—¡Salvada!

* * *

Una semana más tarde, Angela paseábase con Monseñor Saracinesca por los jardines del hospital de Santa Juana de Aza.

En la convalecencia del cuerpo, su alma renacía.

¡Y qué triste era aquel renacer!

Ahora podía abarcar toda su desventura.

Muerto Juan Severi, ¿qué nuevas esperanzas florecerían en su alma?

—¡No tengo ilusiones en el mundo!— gimió.

El sacerdote se puso a hablarle de la conveniencia de no abandonarse a la tristeza.

—Eres muy joven, hija mía... ¿Quién sabe lo que te reserva aún la vida? Volverás con tu buena protectora, reanudando la existencia de antes, volviendo a ser la maestra de una porción de niños.

¿Para qué salir de este ambiente?... ¡Aquí podría sacrificarme ayudando a tanto desvalido, por amor al que nunca he de volver a ver!

Extendió el brazo, señalando a una monjita que descendía unas escaleras ayudando a un niño paralítico, y prosiguió:

—¡Oh, si pudiera ser como esas hermanas de vida heroica y silenciosos sacrificios!

—¿Tendrás fuerzas para ello?

—Sí, padre; es ya lo único que me sería doble hacer... Aquí, en esta santa casa, yo hallaría algún consuelo cuidando a los enfermos, dándome por completo a los que sufren.

—¡Piénsalo bien, hija mía!... ¡Que tu dolor de ahora no engañe tu juventud!

Tenía la tarde la alegría de la primavera: muchas flores en los jardines y, entre las ramas de los árboles, canciones de pájaros y rumor de alas.

Monseñor observaba la profunda tristeza de la hija del Príncipe y pensaba:

—Ella dice bien... Sólo aquí podrá hallar consuelo a todas las penas que la han herido desde que el señor de Chiaramonte pasó a mejor vida.

Tuvo, sin embargo, el temor de que ella se precipitara y la dijo:

—Podemos amar más de una vez... Un hombre solo, por mucho que se le haya querido, al morir se deja todavía un sitio en el corazón de la mujer en el que él no pudo entrar.

Angela protestó con viveza:

—No, padre; mis sentimientos no me engañan. Sólo le quise a él mientras vivió y sólo amaré su recuerdo después de su muerte.

Monseñor comprendió que no debía insistir. La resolución de la joven estaba demasiado arraigada.



Han pasado dos años desde que, en las inhospitalarias tierras africanas, que guardan el secreto de tantas vidas de dolor, una partida de merodeadores árabes asaltó el campamento de la compañía de ingenieros que mandaba el capitán Juan Severi.

Hagamos ahora una revelación que, sin duda, alegrará a nuestros lectores:

¡Juan Severi no ha muerto!

Vivia, muriendo, junto a un compañero agonizante de cautiverio.

Sólo ellos dos se salvaron de la matanza; el resto de la compañía había perecido en la noche trágica.

Severi también buscó la muerte, luchando desesperadamente por salvar a su compañero. Pero la muerte no le quiso y, acibillado de heridas, fue hecho prisionero con uno de sus oficiales.

Conducidos a un lejano aduar, se les cerró en una prisión sordida, covacha inmundicia en la que toda incomodidad tiene su asiento. Un poco de paja húmeda en la que se criaban toda clase de parásitos, les servía de lecho.

El ardiente sol africano caldeaba aquella cárcel, creando una atmósfera irrespirable. Una pequeña ventana, defendida por barrotes de hierro, era toda la comunicación

que con el exterior tenían los prisioneros.

Al pie de la ventana, un centinela hacía guardia día y noche.

Así habían transcurrido dos años.

Imposible reconocer en el prisionero astroso, cuya única ropa reducíase a un pantalón roto y sucio y a una camiseta deshilachada, al pulcro Severi de otros tiempos, al galán de la hija del Príncipe de Chirramonte.

Gracias a su vigorosa constitución pudieron curarse sus heridas y pudo su salud resistir los horrores de aquella existencia, de aquel cautiverio interminable.

Hora tras hora, como una fiera enjaulada, el capitán paseaba por la estrecha prisión.

Cerca de él, echado en el camastro, su compañero moribundo lanzaba sordas quejas.

¿Cuándo concluiría aquel suplicio?

Severi era como un muerto para el mundo.

Por creerlo así, Angela habíase quedado en Santa Juana de Aza, donde ya llevaba dos años vistiendo el hábito de las novicias.

Como una paloma encerrada en la celda del noviciado, la prometida del capitán consagraba sus días a prepararse para ingresar en las filas numerosas de las esposas del Señor.

¡Oh, si él pudiera cavarle noticias suyas! Ningún dolor comparable a este para



... vistiendo el hábito de las novicias.

Severi en su cautiverio. Ignorar si Angela seguía esperándole como le había prometido, no saber nada de ella, esta era su verdadera pena.

Un día en que los árabes se fueron a sus correrías por el desierto, el capitán pensó en intentar la fuga.

—Hoy se nos presenta una ocasión para huir—le dijo a su compañero.—Los árabes han desmantelado el aduar.

—Camarada, yo me muero—respondió el oficial.—Lluya usted y vuelva a la patria si puede.

La respiración anhelante del moribundo era una prueba cierta de que su agonía se acercaba.

Lejos de los suyos, el oficial pagaba su último tributo sin tener a su lado más que a otro prisionero como él.

Severi notó como su compañero abandonaba la vida. Su cuerpo comenzó a enfriarse. Todavía se estremeció una vez y el cautivo dejó de existir.

Cerca del cadáver, el capitán ideó un plan de fuga. Aquel muerto iba a ayudarlo.

Y era entonces cuando Angela empezaba a despedirse del mundo para profesar en la regla de las hermanas blancas.

La víspera de su profesión, la novicia visitó la tumba levantada a los héroes muertos en Trípoli, llevando un último recuerdo

al humano amor, a la única pasión de su existencia.

Delante del túmulo, Angela oró breves momentos.

—Por tu nombre—dijo,—sacrifica mi vida.



Y era entonces cuando Angela empezaba a despedirse del mundo...

Hizo la ofrenda de una lágrima al amado muerto y regresó a Santa Juana de Aza.

Y era entonces cuando Severi intentaba recobrar su libertad, perdida desde hacía dos años.

Se acercó a la reja y llamó al centinela.

El árabe no se movió.

Severí volvió a llamarlo, tratando de vencer la indolencia de aquel salvaje.

¡Mi compañero ha muerto!—gritó.

Sin apresurarse, levantóse el centinela y abrió la puerta de la prisión.

El capitán se encogió para un salto, y en el preciso momento en que su guardián se inclinaba a mirar el cadáver de su compañero, se arrojó sobre él y con sus propias armas vengó su cautiverio.

En seguida echóse a los hombros las vestiduras del centinela y salió.

Tenia que atravesar un puesto de enemigos; su disfraz le sirvió para que no lo reconocieran.

Y he aquí que mientras el cautivo iba hacia la vida, la amada caminaba hacia la muerte.

En su celda de novicia, Angela oía a la Madre superiora que la preparaba para el gran suceso que debía tener lugar al día siguiente.

—¡Piense, hermana, que sus votos no podrán ser nunca rectificadas!

La novicia se inclinó, asintiendo.

—Lo sé, Madre.

—Hoy puede todavía volver al mundo... Mañana ya estará para siempre encadenada a nuestro tosco sayal.

—¡Mi vida ha terminado!—afirmó la joven con entereza.



La noche de aquel día se pasó en oración.

La noche de aquel día se pasó en oración. Al amanecer, delante de la comunidad, la Superiora entregó a la novicia un traje de gala, un traje de novia.

Y en aquel mismo amanecer, tras penosa marcha por el desierto, Juan llegaba a un puesto de la costa donde flameaba la bandera de Italia.

Dos soldados compatriotas lo recogieron cuando, rendido de fatiga, sentía agotarse sus fuerzas.

¡Luminosa mañana que alumbraba su libertad!

Pero que alumbraría también los desposorios de su amada con el divino Esposo.

En la celda conventual, Angela recibía de manos de la Superiora su traje de bodas.

Era una túnica de seda, bordada en oro.

Dos hermanas la ayudaron a ponérsela.

Angela dejaba hacer.

Sin embargo, aquellas galas de novia eran el símbolo de un sacrificio cuyo término estaba en el más allá que se alza al cerrarse la tumba.

—¡He aquí el traje de la desposada con el Señor!

¡Presintió acaso el pintor Osvaldi que era este el destino de Angela al pintar su cuadro *La hermana Manca*?

¡Cómo resaltaba la belleza de la novia, vestida con aquella túnica!

Viéndola, la monja vieja, la más anciana

de la comunidad, sintió un melancólico dolor al adivinar otra vida de fracaso en el mundo.

Severi se embarcaba a la misma hora en un barco que debía hacer rumbo hacia Italia.



—¡He aquí el traje de la desposada con el Señor!

Parecía como que una fatal coincidencia guiaba sus pasos.

Sus compañeros de viaje, militares como él, lo recibieran cariñosamente.

—Capitán— le dijo el jefe del puesto al despedirlo—comprendo sus ansias por ver

a los suyos. Todos en la patria creen en su muerte... ¡Qué de sorpresas al estrechar los brazos amigos!

El barco enfíló la proa hacia Italia.

Una dolorosa impaciencia se había adueñado de Severi, que hubiera querido que el buque tuviera alas.

¿Qué sería de Angela?

¿No le esperaría?

La duda mordió su corazón.

Recordó sus palabras el día de su partida para Trípoli:

—¡Te esperaré siempre, siempre!...

Y fijó los ojos en las brumas que ocultaban el límite del horizonte.



Las campanas anuncian alegremente el alba de una vida de pureza.

Es fiesta en el recinto de las dulces mujeres consagradas a los desvalidos.

La capilla de las monjas resplandece, iluminada por velas rizadas que se yerguen en candelabros de plata.

Las oraciones sueñan como el murmullo del agua corriente.

En el lugar destinado a los fieles que no pertenecen a la comunidad, ha aparecido Marta de Mola, deseosa de asistir a la derrota definitiva de la que fué su rival.

Unos pies blandos se deslizan por las

losas del pequeño templo. Entran las castas esposas en dos filas y se postran de hinojos a entrambos lados del altar.

Angela va a desposarse con Jesús de Nazaret.

Un patriarca de la Iglesia bendecirá su unión.

Acompañada de dos monjitas aparece la novia, con su túnica de seda y oro.

Lleva en sus manos un cirio de pureza. Ella es la esposa inmaculada.

El amado ideal, norte de sacrificios, es aquel que la mira desde la cruz en que quiso morir para rescatar con su sangre los pecados de los hombres.

Comienza la ceremonia.

En pie, delante del sacerdote, Angela se inclina temblorosa.

Unas manos desatan los cordones que sujetan su túnica, que se desliza hasta sus pies.

He aquí a la prometida de Severi, que se estremeció al sentir su cuerpo sólo cubierto por una ligera veste.

—Por el dolor de su vida—rezan las monjas—renuncia a las galas del mundo.

—¿Matarás en ti el recuerdo?—preguntó el sacerdote.

Y las monjas rezaron:

—Ella jura no volver los ojos hacia el pasado de su corazón.

De rodillas en el altar, la novicia se fué

desposeyendo de todo lo que la ataba al mundo, para ligarse eternamente al nuevo Esposo.

Un acólito trajo una bandeja.

La bandeja era de oro.

Las manos del Patriarca recogieron en un haz los cabellos de la jovenita y los exprimieron para dejarlos limpios de las fragancias del mundo.

Luego tomó unas tijeras de plata.

En este momento Angela se estremeció.

Y fué sacrificado su mejor ornato de mujer.

Las tijeras de plata cruzaron sus hojas y en el silencio se oyó su ruido seco.

Pusieronlo después las tocas monjiles.

Y como nunca estaba bella

Y fué desposada del Señor. Un anillo en su dedo anular sellaba estas bodas.

Una hermana cinó a sus sienes una corona de espinas.

Y las monjas rezaron.

—Espinass materiales serán emblema de las espinas que laceraron su alma.

Al sentir la corona en su cabeza, Angela pensó:

—Este será el cilicio que llevaré en su memoria.

Un coro de voces alzóse en el sagrado recinto. Cantaban el hosana de las celebraciones nupciales, el cántico de amor y de esperanza con que las hermanas blancas se prometen a una nueva vida.



Y fué sacrificado su mejor ornato de mujer.

Y ella hizo votos eternos de mantenerse fiel.

Y ninguna pena lastimó su alma.

Porque su sacrificio era un sacrificio de amor.

En la capilla, las voces de las monjas se elevaban entre nubes de incienso.

Y hubo una mujer menos en el mundo y una sierva más del Señor.

Y Severi, que navegaba entonces con rumbo a Italia, pensaba que su prometida le estaría esperando.

IV

En el observatorio del Vesubio, el estado cada vez más delicado del director hizo necesaria la presencia de un médico.

El profesor Hugo Severi no tenía ya fuerzas sino para observar su Volcanómetro, medio tendido en una butaca.

El doctor, después de reconocerlo, hubo de dictaminar que el sabio se pusiera en inmediato tratamiento.

—Usted no puede resistir por más tiempo esta atmósfera—le dijo. Hoy ya no subirá a cuidarle Angela.

—¿Es que no quiere venir?—preguntó con cierta tristeza en la voz el profesor.

Porque la hermana Angela era la que

desde hacía dos semanas cuidaba a Hugo, el cual se resistía a dejar su puesto de honor y de peligro.

—La sierva de Santa Juana de Aza—explicó el médico—carece de voluntad. Ella hace lo que le mandan y soy yo quien he dispuesto que no subiera.

—No comprendo...

Un golpe de tos le impidió seguir. Durante cinco minutos, Hugo fué sacudido por una expectoración violenta, que le arañaba la garganta.

—Cálese. No hable... Le llevaremos a mi sala del hospital, y Angela, que ya es diestra en el tratamiento que pide su enfermedad, le aliviará con sus cuidados.

El profesor se resignó.

—Bien, doctor. Haré lo que usted diga... Si, me encuentro mal, cada día peor.

Juan Severi tuvo noticia de la enfermedad de su hermano a poco de desembarcar en la bahía de Nápoles.

Pero aun no sabía nada de su prometida.

En el puerto lo esperaban un comandante y el oficial secretario del Gobierno militar.

—Antes de hacer visitas particulares—le dijeron,—es conveniente que se presente a sus jefes para dar cuenta de los soldados desaparecidos.

Juan se dirigió a las oficinas militares, donde expuso las circunstancias del fin de

sastroso que tuviera la compañía a sus órdenes en medio del desierto.

Un ordenanza trajo la noticia siguiente:

El hermano del señor capitán ha sido conducido al hospital de Santa Juana de Aza.

Severi se conmovió profundamente.

¿No sabe usted en qué estado se encuentra?

—Puede usted suponerse—respondió uno de sus jefes.—Los directores del observatorio del Vesubio se mueren todos de la misma enfermedad.

—¿Pero tan mal se halla mi hermano?

—Visítele usted... Después podrá tomar posesión de su plaza. Como él, es usted ingeniero y conocerá el secreto de los aparatos que utilizaba el profesor para sus observaciones.

He sido su auxiliar en alguno de sus trabajos.

—Mejor que mejor.

Severi salió del Gobierno militar con el ánimo deprimido. Hubiera deseado correr a la casa donde, dos años antes, vivía su novia. Pero primero quiso ver a Hugo.

Se encaminó con este propósito hacia el hospital, sin presentir el rudo golpe que le amenazaba.

Y fué el azar el que llevó aquel día a Marta de Mola a Santa Juana de Aza.

La Superiora salió a recibir a la princesa

de Chiaramonte, que justificó su presencia diciendo:

—Cumpliendo una tradición de mi familia, vengo a ofrecer mi donación anual a esta santa casa.

Pasaron al interior del edificio.

—¿Quiere usted ver a su hermana?

No por cariño, sino por gozarse viendo a su víctima sacrificada, Marta contestó:

—Me alegraría mucho poder abrazarla.

En una sala, la que en la vida del mundo, siendo niña, jugaba con muñecas de trapo, hoy daba fuerza, alma y espíritu a las muñecas de carne dolorida, a las pobres muchachitas enfermas encomendadas a sus cuidados.

—¡Hermana Ángela!

Al oír a la Superiora, la profesa alzó los ojos, en los que lució de pronto una llamarada de desprecio.

—¡Es rencorosa!—exclamó en voz alta Marta.—¡Yo creí que en la puerta de esta casa se dejaban todas las pasiones!

La ruda ofensa hirió a la hija menor de Chiaramonte, a la hermana desheredada a la que Marta había perseguido con su odio.

—¡Virgen mía, dame resignación!—imploió.

La campana de la calle sonó, anunciando un nuevo visitante. La hermana tornó a acudir a abrir.

—¿El profesor Hugo Severi? Deseo verlo.

Fráncado el paso, Juan entró.

Tenga la bondad de esperar.

Crucó por el locutorio una monja, y su aparición insospechada despertó una nueva inquietud en el alma de Juan.



—Yo creí que en la puerta de esta casa se dejaban todas las personas.

¿Qué sería de su hermano?

¿Dónde estaría su amor?

—Preguntan por un enfermo de vuestra sala—dijo la tornera a Angela.—Bajad al locutorio.

Con su mansedumbre de sierva, suave.

sencilla y humilde, ella se dirigió al sitio donde esperaba Severi.

Llegó hasta él tranquilamente, con su tranquilidad que nada sobresaltaba desde que vestía los hábitos.

Los ojos se encontraron.

Oyóse el jadeo de la respiración del capitán.

Y en el fondo de las almas, los dos leyeron la terrible tragedia que los separaba.

—¿Tú, Angela?... ¿Tú?... ¡Yo soy aquel a quien debías esperar hasta la muerte!

La voz de él, despertando todo lo que en ella dormía desde la fecha en que la noticia de su muerte le arrebató toda esperanza de dicha, hizo revivir su amor.

Olvidóse un segundo de su condición y no rechazó al hombre que la estrechaba en sus brazos.

Súbitamente, al ver los labios de Severi que se acercaban a los suyos, dióse cuenta de la magnitud de su desgracia y de la naturaleza de los votos que había hecho.

—¡Sacrilegio!—gritó desprendiéndose de su prometido.

Y su grito resonó en el convento.

Aparecieron Monseñor Suracinesca y la Superiora.

Angela huyó, aterrada, hacia su celda.

Una reja cortó el paso a Juan, que pretendió seguirla.

—¡Abrid esas rejas!... ¡Esa mujer es mía!... ¡Lo juraron sus labios!... ¡Lo dictó su corazón!

Monseñor trató de calmarlo:

—Repórtese usted... Tenga en cuenta que este recinto es sagrado.

Pero nada podía calmar al capitán, que siguió lanzando sus gritos desesperados, aulladores, como gritos de bestia acosada:

—¡Ella es mía! ¡Solo mía!... ¡Devolvédmela!

—¡Pobre amigo!... La vida ha jugado con su corazón. Resígnese. El destino ha pronunciado su última palabra: ¡irremediable!

—¡Nada hay irremediable cuando es firme la voluntad de vencer!

—¿Y qué puede su voluntad en este caso?

Severí miró con ojos de loco al sacerdote.

—¿Dónde está Angela?—preguntó.

—En su celda.

Era verdad. Después de la angustiosa sorpresa, ella había corrido a su celda para postrarse delante de un crucifijo e impetrar su ayuda.

Y de sus manos cayó el rosario, símbolo de pureza.

Como si esto fuera un presagio funesto, Angela levantóse del reclinatorio.

Los gritos de Juan continuaban llamándola:

—¡Esa mujer es mía!

—La hermana Angela, ya no es una mujer. Es una sierva del Señor. A esta casa la atan ligaduras que no puede romper más fuerza que la guadaña de la muerte... ¡Resígnese, amigo mío!

—¿Resignarme?... Esa palabra es fácil

de decir cuando no se sufre como yo estoy sufriendo.

Vencido, queriendo rebelarse a cada paso, Juan se dejó llevar por Monseñor, que lo condujo a su morada.

Mientras tanto Angela luchaba consigo misma para librarse de los terrores que la acometían después de su encuentro con su antiguo prometido.

Este pretendió aún volver al hospital en cuanto sus pies pisaron los umbrales de la casa de Saracinesca.

—No retroceda usted.

El sacerdote quería consolarlo, persuadirlo, para que aceptara su suerte y no se opusiera al mandato del destino.

—¡Devolvédmela!... El Señor no puede exigirme que renuncie a la mujer que se prometió a mí.

—¡Cálmal! Es inútil oponerse a lo que ya no tiene remedio.

—Yo no acato esa tiranía del espíritu!

En un raptó de ira, Severí se dirigió a la puerta.

—¡Scrâ mîa!—clamó.

La mano de Monseñor apoyóse en su hombro.

—¿Qué va usted a hacer?

—Volver a su lado y decirle que me siga.

—Ella no le seguirá!

—Entonces la arrancaré, por la fuerza, de la cárcel en que vive.

—Nadie la obligó a encerrarse. Volunta-

riamente se sometió a la regla de la orden a que pertenece.

Las palabras de Saracinesca rendían la furia de Severi, pero no lograban apaciguar su desesperación.

—¿Y para esto alcancé yo la libertad?... ¡Hubiera sido preferible que la muerte me sorprendiese en mi cautiverio ignorando que ella ya no me pertenecía!

—Sometase usted, capitán. Para todos los dolores, aun los más terribles, siempre se halla algún consuelo.

También Marta sufría y dudaba de sí misma.

Sollozante, la sierva humilde rogaba a la Superiora que la sostuviese en aquel trance.

—¡Madre!... ¡Déme fuerzas para resistir la tentación y borrar todo lo pasado de mi alma!

—¡Nada temas! ¡Tú fuiste la que se apartó de su lado!

—¡Pero mi alma se desgarró al hacerlo!

—No importa... Siempre sabrás resistir.

Así separados por la distancia, el sacerdote y la Superiora procuraban socorrer con sus palabras a aquellos dos seres sin ventura, que no habían pecado y que sufrían por amar mucho.

Más violento en sus pasiones, Severi resistía, rechazando las insinuaciones de Saracinesca:

—¡Ella es mía!—repetía una y otra vez.

—¡Nadie puede arrebatármela! ¡Intentarlo es por sí solo un crimen!... No, padre, no

insista. Volveré a su lado y el recuerdo de mi cariño prenderá de nuevo en Angela.

—Modere sus palabras... Si ella es monja, fué por el mucho amor que le tuvo.

Mas él no quería someterse.

Angela, en cambio, más sumisa, aceptaba la nueva cruz que la adversidad había echado sobre sus hombros, oyendo con dulzura los consejos de la Superiora:

—¡Que la oración no deje tus labios! ¡Que las malas sactas no lleguen a tu corazón!

Los días pasaron...

Y la turbulencia de las pasiones tuvo un reflejo en la montaña de las grandes tragedias.

El penacho de humo del volcán se había hecho más denso, y del cráter central elevábanse a veces nubes de azufre y llamaradas rojas.

Comenzaban a oírse ruidos subterráneos y en las entrañas de la tierra la lava incandescente luchaba por abrirse paso.

Juan Severi, alejado voluntariamente de sus amistades, vivía recluso en el laboratorio del Vesubio, sin que de él hubiera vuelto a saberse nada en el hospital de las hermanas blancas.

Su hermano había muerto en la sala de Angela, de la mártir de amor, que tuvo para el doliente cuidados de madre más que de enfermera.

En sus horas de desesperada melancolía, Severi acabó por idear una astucia para

hablar con la desusada... ¡No había renunciado a ella todavía!

Con este objeto escribió una carta, dirigida a la Madre Superiora, la cual, después de leerla, quiso poner a prueba la vocación de Angela, entrándola definitivamente de su humano amor.

—Hermana—le dijo,—voy a leerle esta carta.

Angela tuvo miedo.

—¿Quién puede escribirme?—preguntó.

—No es una carta para ti...

Y con su voz pastosa y madura, leyó:

«...Como mi antecesor, me siento vencido por la terrible enfermedad que a él le produjo la muerte. Yo no puedo dejar este laboratorio, pues se anuncian tormentas sísmicas y éste es mi puesto de honor...»

Hizo una pausa y miró a Angela, cuya palidez se había acentuado.

«No conozco a la hermana que cuidó al profesor Severi—siguió leyendo la Superiora.—Pero aquí los criados dicen que ella, con sus cuidados, supo prolongar la vida del enfermo. Os suplico la enviéis en mi ayuda. Y os doy las gracias en nombre de las gentes que podré salvar avisándoles de la catástrofe que les amenaza.»

La Madre hizo punto final.

Luego, volviéndose a la profesora, habló:

—Hija mía: ha sonado para ti la hora de un gran peligro. El nuevo director del observatorio está enfermo. Es preciso que

vayas a cuidarle sin temer los malos augurios que su carta anuncia.

Angela inclinó la cabeza.

¡El estaba enfermo!

¡Ella iba a cuidarle!

Y oró para sí:

—¡Librame, Señor, de los recuerdos del pasado!

—Hoy mismo—añadió la Madre—subirás a la montaña.

Juan Severi esperaba a su prometida.

Al llegar la tarde, su impaciencia adquirió una intensidad nerviosa que no le permitía permanecer quieto en ningún sitio.

Retírate—ordenó al criado que le servía.

—Diles a tus compañeros que se vayan también. Y no volváis por estos lugares. No necesito nada de nadie.

En cuanto se quedó solo, Severi, que ya había rozado sus preces a la muerte, examinó el Volcanómetro que señalaba la subida de la lava.

—¡Se acerca la erupción!—exclamó.

Llamaron a la puerta.

El capitán abrió.

—¡Por fin!—dijo.

Y antes de que Angela, llena de espanto al comprender el engaño, hubiese podido evitarlo, él echó la llave.

Ella retrocedió amedrentada.

—¡Escúchame!—rogó Severi.—¡Menti pa-

ra que vieras... ¡Quiero que sepas que voy a darte la muerte!

Contrío en el alma y el miedo asomado a los ojos, ella se hizo atrás, buscando una salida.

El la contuvo:

— ¡No huirás sin escucharme!... ¡Estás en mi poder!

Angela se recobró. Como una gaviota sorprendida, encogiéndose con un temerario confuso, dijo:

— ¡Si es verdad ese amor de que blasona, respete a una sierva de Dios!...

— No he pensado en ofenderte, sino en despertar en ti los dulces recuerdos de nuestra época de prometedos.

— ¡Esa Angela ya no existe!

Severi se mordió las manos con rabia, encolerizado por su resistencia, herido por su frialdad.

¡El no veía el amor de ella, no advertía que su cariño se había sublimado al hacer el sacrificio de consagrar su existencia a los desvalidos y a la oración!

¡El no veía nada de esto, y la locura golpeaba las puertas de su cerebro!

— ¡Cuando juraste cumplir los votos, creías en mi muerte!... ¡El Santo Padre puede romper tus juramentos!

— ¡Mis votos son eternos!

— ... ¡No digas palabras irremediables! Es que ya no quedan en ti vestigios del cariño que me tuviste?

Su voz parecía crujir como las ramas secas al ser arrojadas al fuego.

Se aproximó a ella y la miró con ternura infinita:

— ¡Yo te amo aún! ¡Yo no he dejado de quererte!

La hermana blanca contorcióse para librarse de aquel suplicio.

Con un movimiento brusco tomó el crucifijo de su rosario y se lo mostró a Severi:

— ¡Respete el símbolo al que juré eterna fidelidad para pedirle consuelo a mis penas!

El capitán retrocedió, golpeándose la cabeza con los puños, enloquecido por el dolor.

— ¡Yo te amo aún! ¡Yo te amaré siempre!

Era una lucha de titanes, en que las almas se consumían en una agonia horrenda.

Frente a frente, los prometidos, llenos de amor el uno por el otro, trataban de someterse a los designios oscuros sin conseguirlo.

De un lado la pasión arrolladora de Severi, y de otro la grandeza y majestad de unos votos que eran eternos.

Mas demonos una tregua antes de llegar al desenlace de este duelo.

* * *

Los criados de Severi, comprados por la princesa de Chiaramonte, se presentaron en su palacio para notificarle la entrevista que se estaba celebrando en el Observatorio del Vesubio.

Marta de Moja, que aun confiaba en ganar

el amor de Severi, sintió la mordedura de los celos.

—Que enganchen el coche—mandó.

Sin dudarlo un instante, se dispuso a delatar lo que sucedía, corriendo a casa de monseñor Saracinescu.



—¿Y no estará realmente enfermo?

El sacerdote no ocultó su sorpresa al oírla.

—¿Está usted segura de lo que dice?—preguntó.

—Lo he sabido por los mismos criados del actual director del Observatorio. Han sido ellos los que se presentaron en mi casa para descubrirme que el capitán, fingién-

dose enfermo, había escrito al hospital pidiendo que le enviaran una hermana.

—¿Y no estará realmente enfermo?

—Sus criados aseguran lo contrario.

—Bien... Yo saldré en seguida y tomaré las medidas que estime oportunas.

Hecha su delación, Marta de Mola volvió a montar en su coche y ordenó que la condujeran a la montaña siniestra.

Detrás de ella salió Monseñor, quien después de confirmar en Santa Juana de Aza parte de las noticias que acababan de darle, encaminó sus pasos hacia el peligroso refugio de Severi.

Marchaba de prisa, acometido por toda clase de temores y recelos.

¿Se atrevería el capitán a profanar los hábitos de la hermana?

El recuerdo de su desesperación, de sus gritos exasperados cuando supo que ella estaba ligada por votos eternos, lo hacían todo posible.

Pero ¿y Angela? ¿No sabría acaso oponerse a los deseos de su antiguo prometido?

Monseñor no sabía qué pensar y apuraba el paso deseando que su presencia bastase a impedir el sacrilegio que temía.

V

Una extraña opresión se sentía en el aire. La naturaleza estremecíase con los más terribles presagios.

En el Observatorio, como si las pasiones

humanas no fueran más que un reflejo de las convulsiones de la tierra, el Volcanómetro empezó a dar señales inquietadoras.

Ráfagas eléctricas hacían vibrar las láminas del invento de Hugo, que palpitaba todo encendido en las llamas amarillas precursoras del terrible estallido de las entrañas del Vesubio.

De la corteza terrestre filtrábanse a oleadas chorras de sustancias incandescentes y humos y vapores de azufre.

Y la lava comenzó a ascender abriendo grietas en las laderas de la montaña.

Angela y Severi seguían allí, defendiéndose de sí mismos, convulsos y estremecidos como el volcán.

La profesa se debatía entre su propio amor, que él castigaba con sus súplicas, y su condición de hermana blanca, que es tanto como decir hermana de la virtud, esposa casta para la que sólo las rutas del amor divino son accesibles, pues ella hizo promesa de guiar sus pasos por los claros caminos de Dios.

Juan resistíase a comprender esto; No podía admitirlo. Durante dos años de cautiverio había acariciado la ilusión de volver a su patria para unirse a Angela. Y he aquí que ahora se le decía que sus ilusiones eran imposibles, que ella ya no le pertenecía ni se pertenecía después de haber roto con su pasado.

Ante la tenacidad de Severi, la joven acabó por acusarle:

—Todo ese amor de que alardea, es falso. El verdadero amor no es capaz de engañarse con una falsedad.

—Por ti yo soy capaz de todo; ni la infamia y el crimen me detendrían.

Angela cubrióse el rostro con las manos.

—¡Amar es sacrificio!... ¡Poseer es egoísmo!

—¡Amar, es vivir!

—¡Nunca!

En la montaña, sacudida y frenética, se produjo un desgarrón profundo y la tierra se apartó a uno y otro lado, rompiéndose, replegándose, entre un amontonamiento de piedras calcinadas y de arroyos de fuego.

La lava se iba abriendo un cauce, dentro del que bullía despidiendo vapores azulados.

El penacho del volcán, más grande cada vez, se iluminaba con resplandores rojos y por entre el humo volaban salir disparadas enormes masas de cantos redados que se desplomaban luego produciendo un ruido estruendoso.

Angela y Severi no advertían que el Observatorio pronto quedaría convertido en un islote ahogado por nubes de humo, sobre el que se arrojarían, arrasándolo, las corrientes del vómito volcánico.

¿Qué les importaba a ellos lo que sucedía a su alrededor? ¿Cómo podía asustarles la muerte si ya la llevaban en el alma?

El gran trastorno que conmovía a la

Naturaleza no era más peligroso que el que oprimía sus corazones.

Lucha de almas era la suya. Y poco o nada vale la vida cuando todas las esperanzas están a punto de perecer.

Sobre todas las cosas, él recordaba la promesa de la que fuera su prometida y volvía sobre ella utilizándola como su mejor defensa y como su más valiosa arma de ataque.

¡Recuerda que me jurastes esperar!

Angela empezaba a sentirse aniquilada, aunque no vencida. Los hábitos que vestía le daban fuerzas.

¡Y este silencio, este sacrificio de ahora —replicó— es la prueba de mi juramento! ¡Dichosos los que saben renunciar al placer y a las alegrías fáciles por el sacrificio!

La atmósfera comenzaba a enrarecerse. Oleadas de gases mefíticos invadían el gabinete de trabajo en que el Volcanómetro multiplicaba sus latidos como un indicio amenazador del peligro.

Las palabras de los antiguos amantes sonaban con ahogo. Pero Severi, con enérgica tenacidad, se aferraba a su pasión intentando vencer la resistencia de la sierva del Señor.

Cogió una pluma y se la ofreció:

¡Firma ese pliego dirigido a Su Santidad pidiéndole que te exima de tus votos! ¡Lo apoyarán las autoridades militares y el Rey, si es preciso!

Ella extendió el brazo con un gesto decisivo:

—¡Jamás!—exclamó.

Y el esfuerzo que hubo de hacer para dominar la tentación, la dobló, tronchándola, como el tallo de una flor sacudida por la violencia del huracán.

Mientras tanto, por los caminos de la montaña corría el coche que conducía a Marta de Mola.

Los celos habían despertado su temeridad, y la princesa de Chiaramonte, sin miedo a la catástrofe que se avecinaba, hacía galopar sus caballos.

Por motivos distintos, con un noble afán de impedir que se cometiera un sacrilegio, monseñor Saracinesca marchaba por el mismo camino, defendiéndose contra las ráfagas que bajaban de las cumbres de la montaña y que le azotaban el rostro y envenenaban los pulmones.

Temía por Angela y a todo trance trataba de salvarla. Pensaba que Severi no era ya un hombre normal, sino un loco poseído por las siete furias de los siete pecados capitales.

—¡Pobre niña!—decía alargando sus pasos, sudoroso y ahogado.—¡Ojalá llegue a tiempo!

Pero aquella niña que despertaba sus temores tenía una voluntad fuerte y un dominio absoluto de sí misma.

Una vez más, Severi insistió:

—¡Si los poderes se niegan a legalizar tu situación, yo arrostraré todas las ilegalidades!

—¡Ese es el honor de los hombres!

—¡Por encima de todo, te repito que pongo mi cariño!

Angela miró al capitán con pena, con amargura, con desprecio.

—¡Me avergüenzo de haber hablado con usted antes de ahora!—dijo.

¿Qué sucedió entonces?

Se oyó un lejano bramido y la tierra tembló, haciendo vacilar todo lo que se sostenía sobre ella.

Severi ya no hablaba. Baja la cabeza, presentía que otras verdades de índole superior a las que hasta entonces sustentara penetraban en su espíritu.

Su cuerpo se inclinó, doblegándose.

Y en la lucha de las pasiones, venció al fin la pureza.

Poniéndose de rodillas, Juan besó la orla de los hábitos de Angela e imploró con temblor de lágrimas:

—¡Perdón, santa mfa!

Las manos ungidas de ternura—manos filiales—de la hermana blanca se posaron en la cabeza de Juan.

—¡Olvidemos nuestras palabras, las que nos dijimos y las que nos hemos callado! ¡Olvidemos nuestro pasado, para gozar con la pureza del sacrificio de hoy!

—¡Terrible dolor de ser amado con el sacrificio de la reanunciación!—gimió él.

Y ella rectificó:

—¡Terrible dolor que nos eleva sobre nosotros mismos!

La angustia de Severi buscó en las lágrimas un sedante. Y lloró.

Comenzaba a sentirse purificado por el tributo de Angela. Era como si renaciese a una vida nueva, de un sentido más admirable.

—¡Alma pura, ruega al cielo por este que no volverá a ponerse jamás en tu camino!

La profesa alzó los ojos, y su rostro patinado por el sufrimiento, como una azucena en que el dolor había dejado caer todo su rocío, adquirió una transparencia ideal, una belleza sobrehumana.

—¡Hermanas del amor hermoso, del amor divino, perdón!

Caricias puras, llenas de virtud, seguían dejando las manos de la profesa en la cabeza abatida de Severi.

—¡Perdón para el que no tenía otra ley que su cariño!

Hubo un silencio, que lejanas detonaciones de la tierra abrasada interrumpían de cuando en cuando.

Juan se levantó y entregó a Angela la llave de la puerta.

—¡Hasta nunca!... ¡Hasta que la luz de la pureza nos abra los ojos en la eternidad!

Y santificados por un nuevo amor, los antiguos prometidos se separaron.

Y la montaña, como las almas, se estremecía con las torturas de las convulsiones internas.

* * *

El coche de Marta de Mola marchaba a velocidad vertiginosa camino del Observatorio.

El tiempo apremiaba, pues la erupción se hacía cada vez más amenazadora.

Un humo denso, irrespirable, caía sobre la carretera.

La princesa de Chiaramonte comenzó a sentir los primeros síntomas de la asfixia.

—¡Me ahogo!— exclamó.

El cochero detuvo el carruaje.

Baja la capota—ordenó Marta al lacayo.

Subitamente la tierra retumbó, y los caballos, poseídos de espanto, se deshicieron, emprendiendo una carrera terrible, bordeando el abismo que se abría a entrambos lados. Parecía acercarse una catástrofe apocalíptica.

El fuego se enseñoreaba del cielo y de la tierra.

Sin poder descender del coche, Marta lanzaba gritos de socorro que nadie podía oír.

El carruaje daba espantosos bandazos. De pronto una de sus ruedas chocó, y la Princesa fué precipitada por la escarpada pendiente.

Durante mucho tiempo, el coche, la mujer y los caballos rodaron confundidos, hasta detenerse en un repliegue del terreno.

Caida de bruces, Marta parecía muerta. Uno de sus brazos moviase con dificultad y ésta era la única señal de que vivía aún.

* * * * *

Como una inmensa retorta en la que se estuvieran decantando los cambios que se verificaban en las entrañas del Vesubio, el Observatorio erguiese en las faldas de la montaña recibiendo en su Volcanómetro los mensajes que le enviaba el volcán.



...y la Princesa fué precipitada por la escarpada pendiente.

Después de marcharse Angela, Severi sólo pensó en su carácter de director y de ingeniero, de cuyas observaciones dependía la vida de muchos semejantes.

Y el espíritu del hermano mártir de la ciencia, le llamó al sacrificio.

¡Moriría dando la vida a los que estaban

en peligro de ser devorados por las furias de la tragedia!

Un hombre avanzaba entonces hacia el Observatorio. Era monseñor Saracinesca, al que los peligros no detenían siempre que se trataba de realizar una buena obra.

Ahogándose al respirar el aire venenoso de la atmósfera volcánica, llegó hasta el sitio en que tomía que Angela estuviera todavía.

Ya iba a entrar, cuando vió salir a Severi, medio oculto por nubes de gases.

Intentó llamarlo y su voz sólo fué un gemido.

Severi acababa de montar a caballo, cuyo galope se perdió al poco en la lejanía.

—¿Adónde irá?—preguntó Monseñor.

—¿Y Angela?

El viento empujó una nube de ceniza blanca, que cayó sobre los campos.

Convencido de que había llegado tarde, el sacerdote volvió sobre sus pasos.

Entretanto, Severi, camino de la muerte, espoleaba su cabalgadura.

Sucedíanse los estampidos del volcán.

A través del humo denso podía verse el cráter del Vesubio ceñido por una corona de fuego.

Trombas de piedras abrasadoras, de tierra calcinada y de bullidora lava descendían por las laderas de la montaña.

Parecía como si la tierra, víctima de un absceso monstruoso, reventara, arrojando fuera de sí toda una podredumbre de escorias y de llamas.

Una hora hacía que Marta había sido precipitada en el abismo.

Al desmayo producido por el dolor, pronto siguió un deseo vivo de salvarse.

Tecía la cabeza magullada, arañado el rostro y los hombros. Sus cabellos se apelmazaban, cubiertos de sangre.

Hizo un esfuerzo y se puso en pie. Y, arrastrándose, fué pidiendo auxilio, llegando a un pueblcito por el que acababa de pasar Severi dando la voz de alarma.

En los poblados amenazados por la invasión de la corriente de lava, su presencia era como un toque de arrebato.

Como un jinete diabólico llevado en alas del viento, atravesaba los lugares más expuestos, y su voz tronaba por las calles.

—¡Pronto! ¡Todos a la llanura!... ¡La lava se acerca!

El terror apoderábase de los vecinos, y todo el mundo corría a ponerse a salvo, llevando consigo sus más preciados enseres.

Organizábanse entonces caravanas angustiosas de campesinos que arrastraban tras de sí a los viejos, a los niños y a las mujeres.

Y Severi continuaba su tarea de salvador, al galope de su caballo, en el que las espuelas se clavaban obligando a la bestia a carreras imposibles.

* * *

Cerca de la trágica montaña existe un

pequeño monasterio siempre respetado por las tremendas convulsiones.

Hacia él encaminó sus pasos Marta de Mola.

Presentía que se acercaba su fin, y un afán de rescatar las culpas que manchaban su alma, llevábala casi sin vida, agonizante, en busca del altar del milagroso monasterio respetado por la muerte.

Nubes ahogadoras de azufre habían invadido los poblados.

Y lo mismo que Marta, monseñor Saracinesca y Angela marchaban a tientas, luchando con el peligro, orientándose en medio de las espesas sombras que proyectaba un cielo encapotado.

La princesa de Chiaramonte pudo arrastrarse hasta el altar, cerrado por una reja.

Sus brazos sangrientos golpearon el obstáculo.

—¡Perdón para mis culpas!—sollozó.—
¡Dejadme entrar en el templo!

La desgraciada clamaba en el silencio.

Sus manos, se rompían queriendo forzar la puerta cerrada que le impedía acercarse a Aquel del que tanto tiempo viviera alejada.

—¡Confesión!... ¡Confesión!

No lo oían.

Las lágrimas mezcladas con la sangre que manaba de las heridas de su cabeza, quemaban sus labios.

—¡Piedad para mí!

Oyóse un furioso bramido.

La erupción entraba en su período más álgido.

Una tormenta a la que contribuían todas las fuerzas del volcán, desencadenóse montañaba abajo.

Crujía la tierra, hendiéndose, cuarteándose como una pasta frágil.

Las fauces del Vesubio arrojaban una lluvia de fuego sobre los campos.

El terrible titán conmoviase, sacudiendo su furia contra todo.

Desarraigábanse los árboles, rodaban los peñascos y en las aberturas de la tierra, la lavaroja bullía con un ruido sordo, corriendo asoladora por las campiñas antes feraces.

Severi llegó a uno de los pueblecitos amenazados y atravesó sus calles previniendo a sus moradores.

Las gentes se precipitaron fuera de las casas, buscando la salvación en la fuga.

De nuevo espoleó a su caballo el capitán.

—¡Salvad a mis hijos!—oyó gritar a sus espaldas.

Se echó a tierra y corrió hacia una mujer que carecía de fuerzas para librar del peligro a tres niños.

—No se detenga usted... Deme dos de los pequeños y lleve usted el otro—ordenó imperiosamente.

El ingeniero echóse uno de los niños a la espalda y tomó el segundo en brazos.

Sus voces no dejaban de acuciar a los que se retrasaban.

—¡De prisa! ¡Pronto será tarde!...

Y merced a su heroico proceder, el pueblo pudo emprender la huida.

Marta de Mola no había logrado penetrar en el sagrado recinto. Sus fuerzas estrellábanse contra el hasta entonces infranqueable obstáculo.

La muerte rondaba a la mujer que un día arrojó a su hermana menor a la desesperación y a la miseria.

Ella la sentía cerca de sí y redoblaba sus energías para aproximarse al altar.

Al empuje de sus brazos arañados, la verja estremecíase, esparciendo un rumor metálico, de hierros que se entrechocaban, débil ruido comedia del estruendo de la naturaleza convulsa.

—¡Me mueren! —gimió.—¡Piedad!

Empujó con todo su cuerpo; las puertas cedieron y como lo deseaba, fué a caer en las gradas del altar, donde quedó inmóvil, desvanecida, con un desmayo detrás del cual debía iniciarse la agonía.

La pecadora era ahora una pobre cosa, sobre la que pronto se arrojarían los cuervos hambrientos de la muerte.

Unos pasos se deslizaron leves por las losas del templo y Angela apareció descaecida, febril, atormentada por sufrimientos físicos y morales.

Sus miradas distinguieron a su infortunada hermana.

—¡Ella aquí!

Un instante el desprecio y la caridad lucharon en su alma, y la caridad triunfó.

Acercóse a la moribunda y con sus manos suaves, que conocían todos los secretos de la ternura, restañó la sangre de las heridas.

Una inmensa compasión apoderóse de ella viendo a Marta agonizante, y ningún recuerdo de odio o de rencor vino a turbarla.

La princesa de Chiaramonte volvió en sí.

Al borde de la tumba, las dos hermanas volvían a encontrarse frente a frente.

—¡Perdón, Angela!... ¡Reza por mí para que me sea perdonado el mal inútil que te he hecho!

Reclinada en el regazo de la sierva del Señor, Marta erguía la cabeza, que aquella sostenía, y hablaba con lentitud, con dificultad:

Antes de morirte, he de revelarte todos los crímenes de que te hice víctima.

Angela le puso la mano en los labios y la Princesa se la besó.

—Dyeme... Quiero confesarme a tí.

—Calla... No hables...

Pero la moribunda insistió con voz débil:

—Necesito que tu perdón me sea concedido después de hacerte el relato de mis culpas... ¡No me niegues esto!

Angela supo entonces hasta que extremos había llegado su hermana en su odio contra ella.

—Yo te despojé de tus bienes —comenzó

diciendo Marta. El mismo día de la muerte del Príncipe sin respetar la augusta presencia de su cadáver...

—¡No sigas!—pidió la profesa, temiendo una revelación espantosa, algo que secara las fuentes de su piedad.

Su hermana no hizo caso y prosiguió:

—Aquel día... mientras tú llorabas el fin desgraciado de nuestro padre, yo entré en su despacho... y quemé el testamento... en el que se disponía que la fortuna del principado... se dividiera en dos partes iguales...

La moribunda hablaba entrecortadamente, haciendo largas pausas.

Angela la oía sin poder ocultar su horror. Sin embargo, ni un momento titubeó en cumplir el deber que desde el primer instante se había impuesto de consolar a su hermana en aquella hora de arrepentimiento, en que la verdad salía de sus labios.

Comenzaron a llegar los vecinos de los pueblos próximos, que buscaban en el monasterio un refugio contra las iras desatadas del Vesubio.

El volcán proseguía en su labor devastadora.

Cielo y tierra parecían concitarse contra todos los seres vivos: de lo alto caían las escorias incandescentes que arrojaba por sus fauces abiertas la siniestra montaña, y la tierra desgarrábase abriendo enormes simas en las que se perdían los fugitivos.

La ardiente lava abrasaba todo lo que se oponía a su corriente.

La atmósfera zebrecábase con el resplandor de las llamas y con el fuego de las nubes de azufre inflamado.

Oíanse los gritos de los que, al huir, encontraban la tumba debajo de las materias salidas de las entrañas terrestres.

Por los campos en sombras, las caravanas de los que huían marchaban perseguidos por la desolación.

Multiplicábanse las escenas de exterminio. Cundía el espanto.

Después de librar del peligro a multitud de infelices, Severi se encontraba ahora con dos niños que dificultaban sus movimientos, gimiendo empavorecidos, mientras la madre de los pequeños rogaba al ingeniero que la ayudase a poner en salvo a sus hijos.

Un grito, repetido por cien bocas, resonó de pronto:

¡Se ha desbordado el río!

Los ojos se volvieron para mirar las aguas que rompieron sus cauces y amenazaban el poblado.

Corrieron las gentes aullando de miedo.

Un rumor de catarata invadió las calles, y el río, en enormes oleadas, se precipitó en el lugar, y hombres y niños, mujeres y ancianos fueron envueltos por las aguas.

Los hijos fueron arrancados de los brazos de las madres por la violenta inundación; quedaron separados los hermanos y nada

podieron hacer los maridos por salvar a sus esposas.

Y un clamor de muerte alzóse de los pechos.

Sólo el Monasterio continuaba siendo una isla en que reinaba la paz en medio de aquel mar de embravecidas furias. Sólo en él no se atrevía a entrar la muerte.

Los que habían logrado el refugio de sus muros, guardaban un silencio doloroso, confundidos cerca del altar donde Marta seguía refiriendo la historia de su pasado.

Sintiendo que la esperaba el sepulcro, la Princesa quería rescatar sus culpas obteniendo el perdón de su hermano.

—¡Mi fortuna es tuya!

Sus dientes castañeteaban y su cuerpo herido estremeciase con el frío último.

—¡Como a una perdida, a ti que eres santa, arrojé de la casa donde naciste!

Angela volvió a poner la mano en sus labios y la princesa de Chiaramonte la besó de nuevo.

—¡Basta, hermana mía...! ¡Cállate y reze conmigo!

—Todavía no... Espera...

Alzó el rostro, porque la voz le faltaba, y acercólo al de su buena enfermera y dijo al oído de la consoladora de su agonía:

—¡Tuyo es el palacio!... ¡Santifícalo con tu presencia!

Calló, no pudiendo proseguir.

Sus ojos vidriados fijáronse en un punto invisible, y como si viera aproximarse a la Descarnada, balbuceó:

—¿No me guardas rencor?

Sus párpados se cerraron, y cuando su alma ya se desprendía del cuerpo, oyó las



Sus ojos vidriados fijáronse en un punto invisible...

palabras esperadas, que la penetraron dulcemente, como una caricia:

—Te perdono... como Dios perdona a los que se arrepienten.

Y un estremecimiento puso fin a la vida de aquella pecadora que, a la hora de la muerte, había sabido encontrar la senda del arrepentimiento.



También para Severi se aproximaba el instante que debía coronar su sacrificio.

La lucha con las aguas desbordadas se hacía imposible.

Sus esfuerzos tenían que multiplicarse para impedir que los niños que llevaba en brazos se ahogaran.

Durante un cuarto de hora pudo mantenerse a flote, ya nadando, ya cogiéndose a los troncos y maderos que arrastraba la corriente.

Pero las fuerzas humanas tienen un límite.

La suprema tensión nerviosa que le permitiera correr por los campos previniendo a los moradores de los pueblos de la montaña, unida a la sacudida moral que había sufrido al renunciar a Angela, lo habían agotado.

Y los elementos irritados por el volcán, vinieron a librarle de sus torturas.

Una nueva corriente de agua aumentó el caudal de la primera.

Alzóse una ola enorme.

Severi la vió venir y quiso apartarse.

No tuvo tiempo.

La ola cayó sobre él y le separó de los niños que intentaba salvar.

Entonces renunció a la lucha.

Iba a sucumbir.

¿Para qué, después de todo, la vida sin el amor?

Hundido en la corriente hasta el cuello su cabeza sobrenadó unos segundos.

Y dominando los horrores de la catástrofe, antes de hundirse para siempre y desaparecer, su voz rezó:

—¡Adiós, Santa Angela, hermana blanca!... ¡Adiós!



—¡Adiós, Santa Angela, hermana blanca!... ¡Adiós!

Los días pasaron.

En el transcurso de varios meses, los campos despidieron el vapor de la tierra carbonizada.

El Vesubio volvió a recobrar su calma.

Pero una tenue columna de humo continuaba empujando su cumbre, como un aviso y como una amenaza.

El palacio de Chisramonte, convertido en asilo, resonaba ahora con cánticos de paz.

Y en una mañana de sol, el pueblo congregóse frente al palacio para rezar por aquél que supo morir por salvarlos.

En el balcón de la fachada central, Angela, con sus compañeras de religión, unía sus rezos a los del pueblo.

Detrás de ella, Monsenor Saracinesca bendecía a los fieles.

Y mientras las campanas cantaban la gloria del sacrificio y la multitud elevaba sus plegarias al cielo, la santa rubia, la hermana blanca, vertió dulces lágrimas, ofrenda al prometido que se sacrificó porque la amaba mucho.

FIN

TÍTULOS DE LOS LIBROS PUBLICADOS EN LA BIBLIOTECA

Los Grandes Filmes

DE LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Los hijos de nash. — El triunfo de la mujer. — El prisionero de Zenda. — El joven Medardus. — Los enemigos de la mujer. — Una mujer de París. — El Corsario. — Por toda la vida. — Cyrano de Bergerac. — De mujer a mujer. — La hermana blanca.

EN PUNSA: II GRANDIOSO ACONTECIMIENTO II

Precio de cada libro: UNA PESETA

